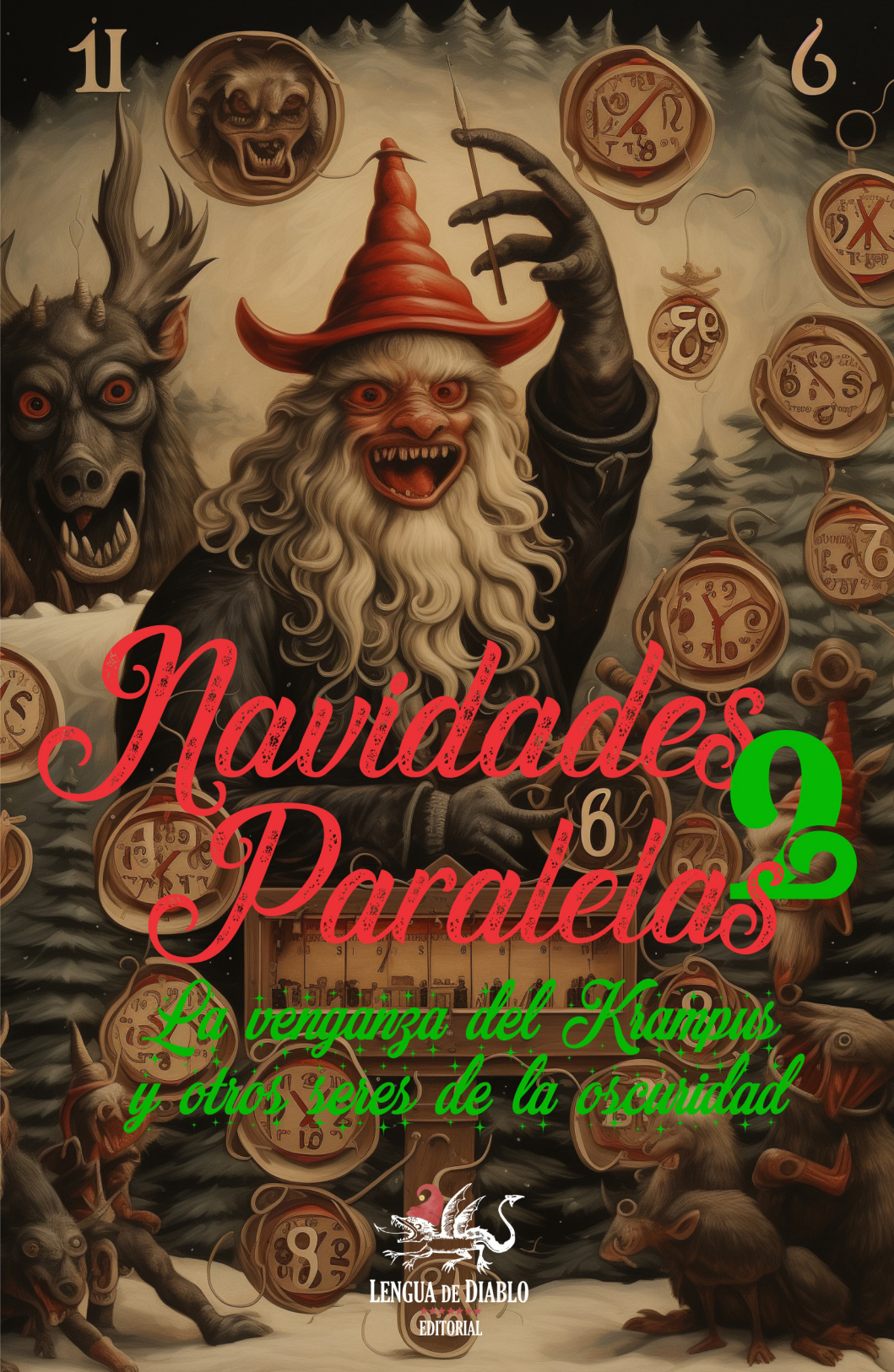


11

6



Navidades Paralelas

La venganza del Krampus
y otros seres de la oscuridad



LENGUA DE DIABLO
EDITORIAL

ANTOLOGÍA INTERNACIONAL
DE RELATOS NAVIDEÑOS

*Navidades
Paralelas
2*

LA VENGANZA DEL KRAMPUS
Y OTROS SERES
DE LA OSCURIDAD

LENGUA DE DIABLO EDITORIAL

COLECCIÓN DUENDE MALO

Los textos incluidos en esta antología fueron seleccionados a través de su participación en el concurso de cuento navideño convocado por Lengua de Diablo Editorial en diciembre de 2023. La editorial los publica de acuerdo a la autorización explícita en las bases del concurso y recibe de buena fe la garantía de que las obras son de autoría original y responsabilidad legal de cada uno de los autores.

El libro se presenta bajo una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-NC-ND 3.0 ES) Bajo los siguientes términos:

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

SinDerivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Derechos reservados la editorial por la publicación y los autores por sus textos. Diciembre 2022.

Imágenes de portada e interiores: Midjourney, laboratorio independiente de investigación.

www.lenguadediablo.com



“Él te ve cuando duermes. Sabe cuándo estás despierto.
Sabe si has sido malo o bueno. Así que sé bueno,
por amor de Dios”.

J. Fred Coots y Haven Gillespie,
Santa Claus is comin’ to town

“Me gusta la Navidad en conjunto... A su torpe manera,
acerca la paz y la buena voluntad.
Pero es más torpe cada año”.

E.M. Forster

“Me siento abrumada, y aburrida, y decepcionada, como
siempre me siento el día después de Navidad”.

Sylvia Plath

“Al final de ES UNA VIDA MARAVILLOSA, Jimmy
Stewart parece haberse vuelto loco y está a punto de asesinar
a toda su familia.

Él simplemente tiene esa mirada”.

Stephen King



Lorencito

Víctor Celaya Canto

Su mirada era lúgubre, oscura y perversa. Tenía un brillo inquietante en los ojos que hacía que se me erizara la piel y que no pudiera estar en el mismo espacio que él. Su sonrisa despintada y torcida le daba una expresión como si estuviera burlándose de todos. Su ropita ya desteñida por los años y sus zapatos carcomidos por la humedad, no hacían más que darle un aspecto de un muerto viviente. Su nariz rota había sido la única cicatriz que le había podido causar cuando era niña, pero no había sido suficiente. Él me odiaba, no me cabía la menor duda, yo también, pero nunca tuve el valor suficiente para hacerle frente de nuevo. Mi madre lo llamaba Lorencito y todas las navidades lo sacaba religiosamente de su caja de madera en la que estaba guardado. Yo solo contaba los días para que ella lo devolviera a su prisión. Lorencito tenía una posición privilegiada en la sala junto al árbol de navidad y en una mesita desde donde podía vigilar a todos. En las tardes, cuando mi madre hacía el quehacer, y creía que nadie la escuchaba, tenía extensas pláticas con Lorencito mientras barría o limpiaba las

vitricas de la vajilla fina. Siempre me dio la impresión de que Lorencito le contestaba, como en un susurro, bajo y débil, casi como si se confundiera con el silencio de la casa. Por eso evitaba a toda costa quedarme a solas con él pues no quería arriesgarme a que me dijera algo. Nunca me atreví a preguntarle nada a mi madre sobre sus conversaciones con Lorencito. Mi madre le tenía un amor incondicional, pues se lo había heredado mi abuela y ella a su vez, lo había recibido de su madre “Y algún día será tuyo, hija” me decía cuando me platicaba la historia de Lorencito, yo solo me quedaba callada. Pasaron los años y yo me alejé de mi familia por cuestiones personales y no supe nada de ellos.

Hace unos días mi padre me llamó diciendo que mamá había fallecido, “Te ha dejado todas sus cosas, también te ha dejado a Lorencito para que lo cuides, a ella le hacía mucha ilusión que lo tuvieras”. Definitivamente no tengo motivos para volver a casa.

Navidad en Familia

Nicole Ivette Povea Uribe

Conducía a toda velocidad, pisando a fondo el acelerador, esquivando los coches. Necesitaba llegar rápidamente; quedaban apenas unas horas para la Nochebuena. Habían dedicado tanto esfuerzo en decorar para la Navidad; sus hijos no le perdonarían si volvía a decepcionarlos.

Los amaba con todo su alma, sentía que le costaba respirar. Conducía tan deprisa, que casi no logra ver el semáforo en rojo, y por un instante, dudó en detenerse. Faltaba tan poco para llegar, y a lo lejos observó su hogar.

Sin pensarlo dos veces, detuvo el auto, deprisa corrió hacia la puerta y asombrado descubrió su casa vacía. Encontró un cuadro en el suelo, viejo recuerdo de la última navidad juntos. Tomó el cuadro, acercándolo a su pecho y lloró desconsoladamente. Sin soltarlo, se dirigió a su auto, rumbo al cementerio, donde su familia lo esperaba, desde aquella fatídica Nochebuena.

Atormentado por la culpa, manejó por la espesa neblina que cubría todo el camino. Incapaz de ver

más allá, escuchó un susurro: “Papá, ya casi llegas”, nublando su juicio. El auto perdió el rumbo junto al hombre. Cerró los ojos, los volvió a abrir y finalmente los encontró.

Cuenta la leyenda que minutos antes de Nochebuena, aún se puede ver un auto fantasma corriendo a toda velocidad, y un susurro que dice: ¡Feliz Navidad, familia!

Día de Reyes

Pedro Luis Chávez Aguado

Arturito extendió la mano. Le dio la vuelta a la esfera y miró su rostro deforme. Carcajadas inundaron el aire. Como cada año, su mirada descendió a través de las luces intermitentes de colores. Con los deditos siguió el cable hasta el suelo, dando vueltas alrededor del árbol. Por fin llegó a lo que hacía latir su corazón. Cajas y cajas de cartón envueltas en papel de tonos brillantes, a un par de pasos del nacimiento.

Leyó cada una de las etiquetas. Las manos le temblaban. ¿Qué le habrían dejado los reyes? Quizá el robot transformable que había visto en Gigante. O qué tal el tiranosaurio con las fauces abiertas que estaba en la vitrina de la Juguetería del Señor del Hospital. Tampoco estaría mal el carrito de radiocontrol que vio anunciado con Chabelo.

Mamá. Papá. Juanis. Vicky. Poncho. Qué raro. Tuvo que revisar cada una de las tarjetas con moños de colores y coronas de adviento dibujadas en ella. Apenas había aprendido a leer. Quizá pasó por alto su nombre. Pero no se encontró. Las lágrimas le inundaron el rostro. Otra vez. Otra vez los reyes se

olvidaron de él. ¿Por qué? ¿Qué hice mal? Me porté bien con mamá. Hice toda la tarea. No lloré cuando papá me pegó y me dijo a gritos que no llorara. Mi abue me había dicho que a veces a los niños pobres los reyes no les llevaban regalos. O fue porque me enfermé. Quizá los Reyes Magos no les llevan regalos a los niños que estuvieron mucho tiempo en el hospital. Ni siquiera uno chiquito. Como aquel muñequito de bomberos que subía y bajaba por las escaleras de su camioncito. Hasta ese hubiera estado bien.

Arturito pateó todas las cajas. Arrancó las luces. La estrella se hizo añicos al chocar con el suelo. Cerró la puerta con un azotón y lloró la amargura de sus sueños despedazados.

El escándalo despertó a mamá. Con las manos en la boca contempló los destrozos. Regresó a la habitación y sacudió a su esposo, quien roncaba pesadamente.

—Juanjo, párate. Volvió a pasar. Ahora sí hay que mudarnos. Tengo miedo. El señor que nos vendió la casa dijo que cada día de reyes sucedía lo mismo.



Sin Vida

Heidi Carolina Molina Duque

San Nicolás se encontraba algo nervioso debido a la carta que había recibido una semana antes.

No obstante, siguió tales indicaciones: entró por la chimenea y se dirigió a la mesa donde yacía una bandeja.

Acercándose lentamente, retiró la tapa que la cubría.

Su rostro mostraba el horror de tan macabra escena.

¡No lo podía creer!

Cristhian, un niño de tan solo ocho años, cumplió su promesa.

Le devolvía a aquel hombre de barba blanca, la pequeñita de ojos celestes, quien, durante un año, le arrebatara el amor de sus padres.

Esta vez, sin vida.

Cuenta regresiva

José Emmanuel Lagunas

A partir del primer día de cada temporada de carnavales en Morelos, comienzan a producirse avistamientos de un chinelo de apariencia aterradora, con cuernos y cadenas, conocido como Krampus. Nadie sabe quién o qué es realmente, pero como si de una cuenta regresiva se tratara, aparece frente a los niños traviesos día tras día, saltando y saltando, con un brinco menos en cada aparición. El conteo coincide exactamente con los días restantes hasta la Navidad.

Los pequeños son conscientes de que, si Krampus se les aparece, deben corregir su comportamiento antes de que el conteo llegue a cero. Nadie sabe con precisión qué les sucede a aquellos que no mejoran su conducta, solo que, al año siguiente, durante los carnavales, se pueden observar chinelos con rostros como el de los niños desaparecidos, brincando junto a Krampus.



Os pido posada

Dilsia Zoskia

Macedonio González no siempre fue mujer. Nació como un hombre, que después de muchas hormonas y varios procesos legales, logró llamarse Mitzy. Esa noche del 24 de diciembre, buscaba desesperado un lugar donde refugiarse del frío de la calle. No podía ignorar su vientre abultado. Pensó que aquello era a causa de las lombrices. Como las que había tenido en Ixteyocan en su niñez. Sin embargo, cuando algo le pateaba dentro, pensó que estaba preñada. Tal vez por aquellos hombres que le habían violado en manada. Pidió posada en varios hoteles, pero ninguno aceptó. No era una puta conocida, y nadie quería problemas con los chulos. También tocó las puertas de la iglesia de San Orlando de Ledesma, pero ahí ni siquiera se asomaron. Alzó los ojos hacia la luna y la estrella de Belén. Conocía esa imagen porque en el catecismo le habían hablado de ella. De cómo la virgen María y su esposo José, buscaban abrigo para traer al mundo al niño Dios.

Los dolores de cadera eran cada vez más fuertes, a pesar de no tener útero. En su peregrinar, al final,

encontró un contenedor de basura, al pie de un edificio. Se adentró en él para poder sumirse en la total degradación y expulsar aquello que se gestaba en sus entrañas. Como única compañía esa noche, se acercaron lentamente una rata, un gato y una mariposa negra. Mientras elle pujaba, el ambiente se llenó de un olor a pirotecnia, alcohol, pavo asado y villancicos. Gritó. Entre coágulos tibios, palpó aquel fardo que había parido, notando una cabecita con un par de cuernos. Cerca de ahí, algunos cantaban *Noche de paz*, arrullando a un niño dios de yeso. Otros prostituían nenes de cinco años, o asesinaban a sus hermanas para devorarlas. La Noche de Sangre comenzaba. Mitzy cerró los ojos, el crío se acurrucaba en su pecho. Las alimañas le susurraban: *¡Salve oh Madre de Babilonia, maldito el fruto de tu vientre! Ave Satani.* La era de las tinieblas comenzaba. Una nueva Biblia se escribía, desde el vientre de un hombre sin marido, fecundado gracias al poder de la Oscuridad.

Después de Navidad

Miguel A. García

Se dirigía a la televisora cuando dos vehículos Jetta, sin placas, interceptaron su auto híbrido que circulaba por el segundo piso del periférico. El joven músico no pudo realizar acción evasiva. En medio de la confusión, Juanpa obedeció todas las indicaciones: apagó el vehículo, se apeó; le colocaron esposas. Caminó rápido con la cabeza agachada. Lo metieron a uno de los Jettas, le taparon la cara y huyeron. Dejaron a su suerte al simpático coche ecológico disfrazado de reno, con cuernos y nariz de felpa; esta vez no era roja, estaba forrada con los colores de la bandera del arcoíris. En su interior: el iPhone, la mochila con partituras navideñas y el carísimo trombón Kerrey.

El músico trabaja en la televisión junto a una voluptuosa conductora en el programa más visto de todo México. Además de conductora, la también actriz es amante de un político importante de la capital. El Suave, jefe de sicarios del Cartel, planea secuestrarla para chantajear al político. Mientras estudia los movimientos de su víctima en redes sociales, descubre al músico, su mirada, carisma y talento; tuvo una

corazonada. Por eso, esa mañana ordena que lo levanten.

La simetría del rostro de Juanpa, y sus ojos claros, despertaron en El Suave una ebullición interna que lo turbaba, cuando lo vio en persona con dificultad contuvo los deseos de besarlo, estaba bajo los efectos del *perico*. Ordenó que le quitaran las esposas y le trajeran comida y bebida. Acercó una charola con uvas sabor algodón de azúcar y gramos de *tusi* y *lavada*. Juanpa notó algo inquietante en la mirada del matón, un brillo conocido que le despertaba un cosquilleo. Tomó de la charola un popote de plata y dio un jalón al polvo rosado. En el rostro del Suave nació una sonrisa.

Captor y víctima comenzaron un escarceo. Poco a poco el músico se fue olvidando de villancicos, grabaciones, posadas y el trombón. Tuvieron sexo que se prolongó por horas, ambos disfrutaron de un ir y venir de roles, posiciones, drogas y Dom Pérignon. La mejor experiencia que Juanpa había vivido. Los primeros atisbos del amanecer los sorprendió vacíos. Llenos. Pegajosos. Saciados. Juanpa le susurró a su captor: “por favor, suéltame después de Navidad”.

La posada interrumpida

Dalia Aguilar Salgado

Se acercaba la navidad y era costumbre realizar las posadas en esa época del año, ese día le tocaba recibir los peregrinos a los Mendoza. Al llegar la tarde, la gente empezó a caminar en procesión por la calle, llevando las imágenes de José y María sentada en el burrito con sus velas encendidas y la cantaleta de la letanía, estaban casi por llegar, cuando se les apareció un perro enorme y furioso que no los dejaba pasar, les gruñía asomando sus dientes grandes y afilados poniéndose en posición de ataque; uno de los amigos que iba en la procesión agarró su celular y le llamó al dueño de la casa a donde iba con la procesión.

—Mario, fíjate que no podemos pasar con los peregrinos porque nos tapa el paso el perro negro grande, ese que ya se ha aparecido varias veces —dijo Diego.

—¿El perro que ya se ha metido a varias casas para robarse las gallinas y los guajalotes? —contestó Mario con un gesto de molestia—. ¡Ahorita va a ver ese

pinche nahual, ya estamos cansados de que no nos deje vivir en paz!

Mario salió llevando una pistola y llegando cerca de donde estaba el perro, le lanzó un disparo rozándole la pierna. El animal lanzó un chillido espantoso y su cuerpo cayó al suelo convulsionándose, de pronto y ante la mirada atónita de todos, se empezó a transformar en humano; hombres y mujeres se abalanzaron hacia él para sujetarlo, consiguieron lazos arrastrándolo hasta donde estaba un gran árbol y lo amarraron muy fuerte pateándolo en todo el cuerpo, lo dejaron así dos días y dos noches sin darle agua ni comida, después lo soltaron con insultos.

—¡Mira, hijo de la chingada, si te volvemos a ver por estos lugares, ya no lo vas a contar! ¡Vete y nunca vuelvas!—. Fueron las palabras de advertencia que le dijo Mario, mientras le enseñaba la pistola.

Pasaron varios días y llegaron noticias de que en otro poblado un hombre había desaparecido cuando iba a ir a una posada, después de tres días aparecido con un rozón de bala y muy golpeado.

Después de esa posada, el enorme perro negro que atormentaba a aquellos vecinos, jamás se volvió a aparecer en ese lugar.



Estrella de Belén

Baron Montesquiú

Arturo Serratos toma la pequeña figura del niño Dios y la coloca en el pesebre. Su experiencia de más de 20 años como belenista le indica cómo colocar el figurín de la mejor manera. Considera la estética, mensaje y contenido espiritual para obtener el resultado esperado. A simple vista es un nacimiento más, en el alma de Arturo es su venganza. Hace menos de seis meses que fue expulsado de la Asociación de Belenistas. Su última disertación fue la causa de su expulsión y eliminación de los registros de la Asociación.

En dicha disertación presentó sus conclusiones tras varios días febriles de enfermedad. Frente a todos los miembros aseveró que los nacimientos estaban incompletos pues no incluían todos los sucesos después del nacimiento de Dios. Para enmendarlo propuso crear un mega nacimiento con la sangre, la violencia y la muerte derramada en nombre de ese niño. Las miradas horrorizadas de sus compañeros lo llenaron de rabia y asco. No entendían que solo se puede amar algo si aceptas sus bendiciones y sus maldiciones.

Le llevó varios meses, y al fin va a terminar su proyecto. Junto a los reyes magos, hay una serie de figuras que semejan señores de la guerra de países tercermundistas. Junto con las vacas, patos y demás animalitos coloca de manera cuidadosa partes desmembradas de mujeres, ancianos y niños. Por último, a la figura del niño Dios la flanquea un soldado ataviado con la cruz de los templarios. Arturo sonrío al ver el enorme escenario repleto de figuras, lleno de colores con un filtro sanguinolento. Voltea al espejo que tiene frente a sí y también le sonrío a la figura que le acompaña desde la fiebre. Una mano de cuatro dedos llena de pelos le saluda y Arturo le contesta, sin notar que se ha clavado la figura del soldado en la frente. La sangre le cubre los ojos y todo lo que alcanza a ver está impregnado de un color carmesí.

Ciega navidad

Lorenza Ortega

Se ocultan como el ratón de los dientes, bajo la almohada.

Pequeñitos, negros... Casi una sanguijuela. Aguardan dormidos la hora en que los niños corren a la cama a esperar que amanezca para abrir sus regalos de navidad.

Son como piojos; brincan y brincan cuando ven a los niños ponerse las pijamas y lavarse los dientes a la hora de dormir.

Se meten en oídos, en narices, y si estos roncan, se internan en sus bocas carcomiendo todas las exquisiteces de esos gordiflones de mejillas rosas.

Les encantan los mocos, la cerilla, las caries, y no paran de mordisquear.

Terrible escena en la madrugada, cuando no contentos con tanta limpieza, deciden meterse en los ojos y los lagrimales. Se comen las lagañas, el cristalino, el iris, hasta llegar a lo más hondo y oscuro de esa pequeña humanidad.

Amanece pronto.

No hubo regalos, no hay recalentado. Todos los adultos, desesperados, corren de un lado a otro confundidos, no saben cómo es que sus pequeños críos se han quedado ciegos.

Navidad en el bosque

Dan Aragonz

Estaba un poco perdida por las indicaciones, pero por fin se encontró a Carlos haciéndole señas a un costado del camino.

—No me lo puedo creer—dijo riendo a carcajadas—Estás igual que en la universidad.

Carlos iba disfrazado de árbol de navidad y eso le pareció adorable a Julia.

—¿Por qué tardaste tanto? —le dijo su excompañero—¡Date prisa! ¡Estamos a punto de poner los regalos!

Julia se bajó del coche y cuando lo vio correr por el bosque, lo siguió. Recorrieron una zona rural llena de pinos, donde se perdía el sentido del camino, hasta que por fin llegaron frente a una cabaña hecha de barro y botellas de plástico.

—Veo que lo de la ecología iba en serio—dijo mirando a un grupo de personas disfrazadas de pino de navidad reunidas frente a la cabaña junto a una fogata.

—Son voluntarios de la ecoaldea que te dije formarías alguna vez. ¿Te acuerdas?

—Sí, sí, por supuesto. Recuerdo que siempre llegabas a clases con tu loca idea de salvar a la naturaleza a tu modo. ¿Cómo se llama tu comunidad?

—El templo de los sacrificios—dijo riendo y haciendo una seña a uno de los presentes que inmovilizó a Julia de los brazos— Sobre todo, en esta época de navidad donde la hipocresía alcanza un nivel enfermizo.

Todos los disfrazados de árbol la cogieron a la fuerza, la arrastraron y la metieron hasta las rodillas en un agujero junto a la fogata. No perdieron el tiempo y con un paño la amordazaron para que no se oyeran sus gritos. Luego cortaron sus manos, brazos y orejas con un cuchillo y le acomodaron sus propios restos mutilados a su cuerpo sin vida y se alejaron del árbol de navidad humano.

Se quedaron en silencio durante un rato y mantuvieron una distancia prudente hasta que los animales y plantas exóticas de aquella región, que decían estaba embrujada, por fin salieron y se acercaron a oler y saborear los regalos que les había traído celebrar la navidad en el bosque.



Los visitantes

Andrea Madrueño

El día de los festejos, la piñata de la posada se encendió en llamas, como una estrella agonizante. Acababan de concluir las letanías y no era fácil encontrar al culpable en una reunión repleta de velas, cantos y luces de bengala. Los primos y mis hermanos pequeños gritaban asustados, pero también emocionados con el espectáculo de lo que parecía un incendio por combustión espontánea, con exhalaciones de humo y trozos coloridos de papel de china volando en el aire tibio del ocaso. Era nuestra primera Navidad en la nueva casa y mis papás habían invitado a toda la familia, nadie quería que la fiesta terminara en tragedia. Con un golpe certero uno de los tíos derribó la piñata y extinguió el fuego rodándola por la tierra. Más tarde, algunos afirmaron que junto con el tronido del barro haciéndose añicos, escucharon unas risitas proviniendo de la oscuridad que se colaba entre las ceibas.

El ambiente no menguó a pesar del incidente con la piñata. Bajo las palmas gigantes adornadas con hileras de foquitos, mi madre y las tías extendieron una mesa larga donde sirvieron abundantes porciones de

ensalada de manzana, romeritos, bacalao y pavo en escabeche. Los primos nos dispersamos por el terreno para jugar a las escondidas. Mientras los tíos y mi papá destaparon una segunda botella de aguardiente, con carcajadas tan altas que fueron replicadas por un eco de susurros y gritos provenientes del mar de maleza que colindaba con la casa.

Desde mi escondite detrás de las sábanas colgadas en el tendadero junto al alambrado, percibí a los habitantes de la selva revolverse inquietos. Aquella frontera que delimitaba la propiedad era tan delgada como un velo a punto de rasgarse. Supe que algo se aproximaba, cuando un silbido largo atravesó la calma milenaria de la noche, seguido por una fetidez cavernosa y un estremecimiento bajo mis pies que me hizo salir disparada abandonando mi guarida. Pero en la embriaguez de la fiesta, todos me ignoraron. Los adultos impacientes nos mandaron a dormir y subieron el volumen a las mismas canciones tristes de todos los años, coreándolas con gritos desafinados hasta bien entrada la madrugada. Solo las estrellas reflejadas en las pupilas de los animales y el fulgor de la luna envolviendo el contorno de la copa de los árboles, fueron testigos de la llegada de los visitantes, poco después de que todos se hubieran acostado.

Al despertar encontramos regalos bajo el árbol, solo que no eran los esperados. A un lado del nacimiento pequeñas casitas rústicas habían brotado del suelo como volcanes. Junto a esas construcciones, algunas figuras humanoides de orejas prominentes, coronadas por un sombrero redondo como hongo, aguardaban sentadas. Algunos sostenían una pipa y otros cargaban flautas. Tomé una de esas miniaturas y la sentí fresca como si apenas la hubieran formado. Sacudí a papá para despertarlo y coloqué entre sus manos a uno de los visitantes de barro. En la pastosidad de su resaca fue evidente su desconcierto al toparse con la mirada hueca del ídolo y su media sonrisa burlona. Ellos eran los habitantes originales del terreno y todos sabíamos que en teoría se encontraban enterrados varios metros bajo los cimientos de la casa, donde tendrían que haber permanecido avecindados en silenciosa y subterránea calma.

Arrullo

Alexander Gracia

Ha sido un año difícil para todos, más para tu nuera. Piensas que entregarle al niño, para que lo cargue, sería una gran muestra de consuelo: por eso no dudas en dárselo. Haces contacto visual y después inclinas la cabeza hacia él. Ella entiende la señal. Se acerca y extiende sus brazos. Lo toma, lo abraza y lo mira con una nueva nostalgia. El resto de la familia ahoga un suspiro, saben lo importante que es el momento. Su enternecimiento es el inicio de tu culpa: temes haberte equivocado al ver una lenta lágrima escapar de su ojo izquierdo. Quizá fue demasiado pronto. Tu hijo lo corrobora al mirarte con una viveza inquisitiva, pero cambia su semblante al acercársele y limpiar el rastro de tristeza. Él no llora, es fuerte; o quizá simplemente ya no puede. Le pasa el brazo por encima del hombro y le dice algo al oído, intuyes que son nuevas esperanzas.

El clima de la habitación pasa de la ternura a la incomodidad, inadecuado para un veinticuatro de diciembre. El resto de los niños manifiesta ruidosamente su prisa por cenar y abrir los regalos. Das el

primer paso y los demás te siguen: forman una fila detrás de ti. La observas a los ojos, manifiestas arrepentimiento y buscas reconciliación a través de una palmadita en la espalda, la cual, parece empeorar las cosas. Tu hijo vuelve a mirarte y profiere un no moviendo la cabeza. Lo ignoras al sentir la presión de la familia por avanzar. Agachas el torso y acercas los labios hacia la frente del pequeño. Notas que a ella le sienta mal el intento de beso porque se da la vuelta y lo aparta. Él le pide que se lo entregue. Ella se resiste a su intención. Forcejean y el niño cae. No hay queja, mucho menos llanto de su parte: solo trozos infantiles de cerámica en el suelo. Tu nuera se hinca y comienza a reunir al dios roto. Es el segundo niño que pierde.



La mujer de los hilos de sangre

Samantha Rojas

Cuando encontraron al niño, estaba tirado en el suelo y tenía el estómago cocido. Cuatro días después, lo vieron caminar alrededor de su casa. Cargaba leña y ayudaba con la ropa. Pero su apariencia... nadie dijo nada. A los padres se les había advertido. A la madre se le veía llorar en las noches, y el padre pasaba con la cabeza agachada, cada día más ojeroso.

El niño, hacía lo que sus padres le pedían, y los demás niños huían de él. Decían que sus ojos se volvieron oscuros y la piel más pálida. Comía pequeños insectos o piedras, y algunas veces vomitaba pedazos de hilos con sangre.

La temporada invernal se volvió más fría, y por las noches se escuchaba el sonido de una máquina de coser. Los vecinos encerraban a sus hijos cuando la familia pasaba por la calle. Murmuraban que ellos la habían traído, a la mujer de los hilos de sangre. Tenían diez años sin que esto sucediera. En algunas casas encontraron pedazos de hilos, o agujas en las

fachadas, pero ninguna otra víctima, sólo aquel niño. Se dijo que él le robó dinero a su padre para comprarse un carrito y mientras caminaba por las calles, ella se lo llevó. La búsqueda inició en navidad y continuó parte del día siguiente. Sobre un tronco encontraron los intestinos. Al niño, una cuadra después.

Cuando lo vieron caminar, los vecinos les prohibieron a sus hijos que le hablaran. Sólo uno lo hizo, porque eran amigos, y de la boca del niño escuchó relinchos de un caballo. Huyó. Aunque corrió lo más rápido que pudo, tropezó con un hilo manchado de sangre. Luego vio unos cabellos largos y una mujer llena de arrugas con una aguja en su mano. Se escucharon sus gritos y al encontrarlo, tenía el estómago abierto. En la colonia se guardó el luto. Los festejos se suspendieron, quitaron adornos, y todos vestían de negro. Cuando se llegó el seis de enero, la vieron, caminaba con sus cabellos largos. Detrás de ella, el niño. Tenía la boca cocida y un cuchillo en sus manos. La madre fue encerrada en un psiquiátrico y el padre desapareció la mañana misma en que la mujer de los hilos de sangre se marchó. Algunos cuentan que fue a buscar a su hijo, lo han escuchado trepar los techos y gritar el nombre de él.

Happy Xmas

Luis G. Torres

Los pequeños esperaban ansiosamente la llegada de San Nicolás, la noche del veinticuatro. Dejaron sus calcetas largas, colgadas de las ramas del pino y se fueron a acostar, llenos de excitación. Su padre los arropó y apagó la luz del cuarto. Cuando llegó la madrugada, los dos hermanos despertaron y se miraron, desde sus camas. A una señal, decidieron bajar al primer nivel, ¡Santa ya había llegado!

Él estaba ahí, parado frente al oloroso pino adornado de luces, dándoles la espalda. Era muy alto, aunque sumamente delgado. Vestía un gran saco rojo, ya un poco decolorado y sucio. Quizás oyó bajar a los pequeños, pues en cuanto estuvieron tras de él se dio la vuelta lentamente, mostrando su cara huesuda y descarnada. Su cabeza estaba cubierta por la roja capucha, de donde salían un par de cuernos oscuros y torcidos. Los brazos del largo saco y el gorro estaban rematados con piel natural. Los ojos estaban enterrados en el rostro, pero un destello se desprendía de ellos. Las manos que sobresalían al saco eran largas y delgadas. Terminaban en unas horrendas y sucias

uñas que parecía habían sido dejadas crecer por años.

Los pequeños se quedaron petrificados viendo esa monstruosa imagen que, sin hacerles mucho caso, volvió a su trabajo: tomar todos los regalos que estaban bajo el árbol, las calcetas llenas de golosinas y los adornos navideños, para echarlos en un gran saco de arpillera. Acto seguido volteó a mirar a los niños. Sonrió mostrando sus dientes, negros y afilados. Antes de que pudieran gritar o correr, tomó a ambos por la cintura y los levantó en volandas. Los apretó contra sí hasta asfixiarlos contra su rojo traje. Entonces los dejó caer al suelo y tomando el viejo y oscuro saco, se lo echó tras la espalda y empezó a caminar, silencioso, hacia el exterior de la casa. Afuera todo era blanco y helado, pero aún había mucho por hacer esa noche...

Decoración navideña

Génesis García

Evelyn no quería salir esa noche. El frío, la nieve y la oscuridad no eran un escenario que podría describir como ideal. Hubiera preferido permanecer en casa rodeada de sus gatos, del calor de la estufa y su podcast de crímenes reales. Pero, Carlos insistió tanto, mirándola con esos ojos de cachorro triste que no pudo más que aceptar. Después de todo, era su primera Navidad juntos y querían hacer del momento algo especial. Carlos la llevó a casa y el delicioso aroma de la carne asada la recibió en la entrada, guiándola al interior como manos invisibles. Vino, velas, aroma a fuego y canela, música suave sonando en la radio: un sueño hecho realidad. Comieron, bebieron, y compartieron besos con sabor a vino y al tiramisú del postre. Con la última copa de vino, su cabeza comenzó a dar vueltas y la felicidad bailaba en su estómago cuando la oscuridad la engulló de golpe y todo desapareció a su alrededor.

Cuando volvió en sí, la calidez de antes había desaparecido por completo. El olor a tierra mojada y podredumbre la envolvía mientras el frío mordía su

piel. La muchacha se removió, nerviosa y solo entonces notó la mordedura de las cuerdas en sus muñecas y tobillos. Confundida, giró la cabeza y entonces sus ojos, ya más habituados a la oscuridad, se encontraron con una pesadilla enferma que atravesó un grito en su garganta. Clavados en la pared, un montón de huesos secos formaban lo que parecía un enorme y macabro árbol de Navidad. Era impresionante: cada rama, cada adorno estaba perfectamente construido y moldeado. Solo faltaba un detalle; la estrella en la punta. Entonces Carlos se materializó a su lado con un hacha entre sus manos y Evelyn supo que ese año el árbol estaría completo.



Esferas

Pavel R. Ocampo

1: Jimmy no sabe que Santa es cirujano. Piensa que no obtendrá un nuevo corazón, pero Santa es, de hecho, el perfecto espécimen para ejecutar el trasplante. Tiene ocho largos brazos. Nunca se interponen uno en el camino del otro e incluso cubren las funciones de una enfermera cuando hay que alcanzar los fórceps. Tiene en la parte superior del cráneo cientos de ojos minúsculos, cada uno independiente y con una capacidad óptica distinta, de modo que puede detectar la inflamación arterial que anticipa un desgarrar. Son increíbles sus manos para suturar, cose la herida y enseguida teje una faja que se desintegrará tan rápido como la piel tarde en sanar. Jimmy no sabe que este año Santa le trae un corazón nuevo.

2: En la oscuridad, la sombra baja desde el embudo que la gente ha decidido llamar cielo. Se desliza en pos del viento hasta que cae por una desafortunada chimenea. Cada noche la sombra envuelve a un niño que se ha portado mal (quizás no tanto) y lo expulsa del pequeño mundo.

3: Llega puntualmente la aurora boreal y los monstruos se lanzan en sus trineos al borde del mundo. También lo hacen los platillos volantes, los árboles y la criatura que duerme en los once meses que no hay aurora. La vida cubre el interior del cristal y observa las luces con la esperanza de quedarse ciega.

4: Las esferas se levantan cada noche. Se revuelven contenidas como animales salvajes. Hugo observa el espectáculo desde el fondo. Ríe, salta; una emoción exacerbada lo invade hasta que las esferas caen y lo sepultan nuevamente.

5: El mundo colapsó y sus paredes son esquirlas. Fragmentos iridiscentes multiplican la desgracia. Ruedan las casas, la brillantina y los copos. Francisca también rueda.

6: Un viejo mira desde su ventana circular el otro mundo. El contiguo. La rotación oscurece a la liebre y su brillantina. Ha visto a tantos mundos caer al abismo y fragmentarse en su encuentro con la verdad. El viejo no sabe si vivirá para la siguiente navidad.

La noche de los rábanos

Aline Basail

El viento gélido sacudió mi cuerpo cuando abrí el portón, era la abuela Yiya, cargada de varias bolsas, me saludó con una sonrisa. Mamá corrió hacia ella, le arrebató los utensilios y los colocó sobre la mesa.

Yiya me abrazó, un olor a pomada mezclado con perfume de rosas, estrechó mi cuerpo con brazos raquíuticos, llenos de arrugas. Mamá nos apuró, ya era tarde, teníamos que empezar a esculpir. Nuestras herramientas eran peladores, cuchillos y ralladores. La mesa estaba rebosante de rábanos, de todos tamaños y formas. Los cortamos sin parar. Eran las seis de la mañana cuando escuchamos la primera campanada.

Para el pueblo oaxaqueño, Cerrito de Jesús, el silencio era abrumador. En todo el poblado solo se escuchaba el «ziuuu ziuuu» de los cuchillos. Pasamos todo el día tallando figuras. Ellas transformaron las crucíferas en María, José y los reyes magos; hicieron adornos con hojitas de coliflor y flores de cebollitas tiernas. Yo, construí el pesebre y una estrella con Totomoxtle.

Al sonar la segunda campanada, mamá soltó un grito. Deprisa armamos el pesebre. Nunca habíamos hecho uno tan grande, sin embargo, este año, era necesario. Al colocar el lucero, sonó la última campanada: era media noche. Tocaron a la puerta, ellos habían llegado.

La abuela los recibió. El corazón me palpitaba en los oídos, mamá jalaba su falda y la hacía jirones, papá tenía el suéter impregnado de sudor.

Los visitantes nos observaron enmudecidos, permanecieron inmóviles. Yiya agradeció que nos eligieran, juró cuidar bien de él durante todo el año. Uno de ellos, invadió la casa; parecía levitar, dejó un rastro en el suelo como si fueran huellas de muerte, apestaban a cuerpos putrefactos. Otro, se acercó a la abuela y depositó en sus manos al recién nacido.

Era una criatura monstruosa: de cabeza amorfa más grande que el cuerpo. Su boca era una grieta repleta de dientes podridos y puntiagudos. Carente de ojos, o quizás, aún no estaban abiertos. Del torso raquíptico brotaban extremidades que parecían rábanos delgados y largos, tenían las puntas cubiertas de pelo. Le faltaban dedos.

Cuando los invitados se marcharon, el engendro se despidió con alaridos punzantes. Sangre se derramó.

mó de nuestros ojos y oídos. Yiya lo arrulló hasta calmarlo, después, nos obligó a besarlo. Contuve la respiración, emanaba una pestilencia a huevos podridos. Besé lo que supuse era su frente; la piel como cáscara escarlata excretaba una mucosidad de color grisáceo, al tocarlo, embarró mi cara. Lo escuché soltar una risita, sonaba igual a un bebé. La secreción tenía un sabor rancio, el cual, permaneció en mi boca por varios días.

En ese momento, no pregunté cómo obtendríamos los cuerpos para alimentarlo. No quería saberlo.

Yiya colocó al niño en el pesebre. El nacimiento estaba completo.



Los visitantes

Ana Jácome

La cena está servida. Ya regresan a la casa de la colina cargados de recuerdos, últimas palabras y reclamos. Me brinca el corazón. Hoy los cuartos se llenan de luz y, por ende, con sus sombras. Hay anécdotas bajo las vigas, manos cruzadas sobre los pechos y susurros en las paredes. En la chimenea crepitan los troncos y en mi alma la certeza de que este año he de verlos a todos.

Hoy que es Navidad, no voy a estar solo.

Vendrán las hermanas de mangas largas y coquetos modos, casi profanos, tan humanos. Altas, soberbias, con ese trazo carmesí que les pinta de barbilla a orejas. Sonríó, ellas siempre serán las más queridas. Vendrá también la tía anciana, envuelta en su eterno camisón de encaje, esa tela antigua que etérea le cubre de pecho a pies. Tan larga es la bata que ella, la vieja triste, parece flotar.

Han de llegar los amigos que no perdonan. Serios con sus corbatas, tan ajustadas que no sueltan palabra cuando el aliento se les escapa. Los puedo ver sentados a la mesa, bajo las guirnaldas, su silencio

el reproche de lo que furiosos callan. He de decirles que esta noche es buena para dejar que los odios también fallezcan, disueltos en vino y frutas secas.

Vendrán los niños con sus mortajas. Ya anhelo el azoro de su inocente súplica. Sus risas pequeñas, campanas de fiesta. Almas que encienden como centellas. Brillan las velas, cuchillos a la mesa, y bajo el árbol los obsequios en cajas de elegante culpa.

Hoy que es Navidad, me vienen a visitar.

A ritmo lento, los villancicos los arrastran. Su eco contornea la colina hasta encontrar la puerta de esta casa donde yo espero, de brazos abiertos, condenado a matarlos de nuevo.

Advientos

Yolotl Palacios

El adviento pasado, éramos más de veinte, sin ningún vínculo; entre un nacimiento y otro, unos han perecido. La inmovilidad es sinónimo de fragilidad. Antes cada uno de nosotros tenía familia, madres, padres, hermanas, hermanos, amigas, amigos. ¿Alguna vez habrán venido aquí a buscarme?

No sabía que una cosa así fuera posible, estar atrapada en este cuerpo. Llevo el pelo largo cubierto por un velo blanco. Aunque estar inclinada sobre mis rodillas podría parecer la posición más agobiante, no siento cansancio en mis piernas.

Las voces periféricas, detrás de la cerca de madera, me llaman María. Les grito que yo no decidí ser madre ni ser una figura silente en este valle artificial, de olor estéril, casi convexo. No se dan cuenta de mi estado, por más que intento hacer contacto visual. Aborrezco esta quietud. Recuerdo cuando iba al bosque con mi papá, quisiera volver a tocar su mano áspera y caminar detrás de él entre las veredas de musgo y olor a trementina. Después de salir del periodo negro, tras ser guardada entre animales y peregrinos,

el único alivio de esta inhumanidad es sentir la suavidad de unas manos antes de ser colocada junto a otro tieso, José. El exceso de luces de colores a nuestro alrededor impide ver los rostros hablantes. Además de mudos, estamos miopes, casi cegados, y es imposible ver más allá de Jesús.

No recuerdo cómo llegué aquí, mucho menos mi nombre verdadero. Tampoco sé cómo salir de este estado para volver a caminar por el pueblo. Las estaciones del año ya no tienen eco en mi mente, desde que paso velando al recién nacido, solo sé de inviernos, en una espera impuesta para resguardar la integridad de Jesús, mi hijo no parido. Al ser figuras de cerámica, es posible, una vez más, evitar que el rey Herodes encuentre a Jesús para matarlo y, al mismo tiempo, ser el deleite de curiosos que contemplan la eternidad de este niño de piel oscura y rasgos mesoamericanos.



Venganznacht

Dulce Esperanza Cruz Torres

Aquella noche Rodrigo esperaba con ansias la llegada de Santa. En su mano derecha tenía preparada la pistola de su padre, estaba harto de no ser tomado en cuenta. Haría sufrir al señor del traje rojo: le dispararía primero en las piernas por si se le ocurría huir, después otro disparo en la mano derecha seguido de golpes en la barriga. Sus padres habían salido de viaje y ya tenía un plan por si la policía lo interrogaba.

El tiempo pasó y para entretenerse comenzó a dispararle de manera imaginaria al gato, quien debajo del árbol jugaba con el heno. Fue una noche tranquila para el animal tomando en cuenta las atrocidades que Rodrigo había cometido contra él.

Después de tanto esperar, el niño decidió tomar una siesta, pero en cuanto comenzó a subir las escaleras escuchó ruido. Tomó la pistola y se fijó por la ventana. No vio nada. Apenas caminó unos pasos y el cuerpo se le contrajo cuando volvió a escuchar el sonido cada vez más fuerte. Preparó la pistola, movió un poco la cortina. El patio seguía igual de vacío. Se acercó a la puerta y la abrió con precaución, pero una

gran criatura con enormes cuernos, orejas de elfo y pezuñas largas lo embistió lanzándole cerca del árbol de navidad.

A Rodrigo le tomó unos segundos recuperarse del golpe y la sorpresa. Buscó el arma, la cual estaba cerca de la mesa del comedor a dos metros del árbol, se abalanzó con fuerza hasta alcanzarla, estuvo a punto de disparar cuando sintió que algo le caminaba por la espalda hasta rodearle el pecho.

El heno del pequeño pesebre había adquirido un enorme grosor y altura, parecía un pulpo gigante. Una ramita comenzó a meterse por su boca, le sacó las entrañas para dejárselas al gato. La planta colocó el cuerpo de Rodrigo bajo el árbol de navidad y acto seguido comenzó a secarse tomando su forma original.

Los reinos animal y vegetal acordaron un pacto con Krampus. El demonio visitó las demás casas y se le fueron uniendo el heno, los pinos naturales, las macetas con plantas de Nochebuena, los animales maltratados y otras especies para continuar con la matanza.

Des-regalos de Navidad

Mariano de Melitea

—El chico está en shock—dijo el policía en su radio—. Es el pibe de los Salerno. Sí. Esa familia brava. Al nene más de una vez le llamaron la atención en la escuela. Va con mi hijo. Sí, una pena. Este es un caso típico. Habrá visto algo demasiado traumático y por eso dice lo que dice, ¿Que qué dice? Que el Krampus vino y se llevó a los padres y al hermano. Sí, dice eso. Habrá visto videos de creepypastas. Los pibes son adictos a eso. Sí. Pobrecito. Está en el asiento del patrullero. También da detalles sobre cómo pasó. Vi sangre en la casa. Signos de violencia.

Terrible.

Despierten a algún psicólogo para que vaya a la comisaría ¡Ya sé que es navidad! ¿Te crees que soy boludo o tomé sidra de más? Dale, mové el orto y que el tipo esté ahí para contener al nene. También manden un equipo forense y toda la cosa. Habrá que ver por los alrededores, por si alguno quedó herido en el camino o se escapó y necesita ayuda.

No los encontrarán, pensó el nene. Desde que descubrió la leyenda del Krampus se volvió su esperanza. Quería ser un niño malo para que él viniera y se lo lleve.

Se entendieron cuando vio los moretones bajo su ropa y los ojos hinchados. Más comprendió cuando pisó las latas de cerveza vacías y los pasos furiosos del padre y del hermano creyendo que él había hecho ruido.

Eso fue lo último que hicieron.

Crutones para llevar

Christian Dávalos

La casa estaba en total oscuridad. Todos en la habitación permanecieron en silencio. “¿Seguro que le diste la correcta?”, susurraron desde una esquina. “Sí, he puesto una nota en cada una”. Apenas terminó de responder, cuando el sonido de leche y galletas llegó desde el primer piso: Chomp, chomp. Gulp, gulp, gulp. Aaaah. Chomp... Hubo un silencio total. “¡Está subiendo!” La puerta se abrió lentamente. Cien ojos ansiaban ser rescatados por Santa. La luz se encendió. Un maniquí articulado, blanco y del tamaño de la puerta, los vio de vuelta. En su frente, una ranura de memoria, la que le permitía hablar, pensar y actuar como el Santa verdadero. Su pecho: “Anúnciate aquí”. En el resto de su cuerpo, solo marcas verificadas: “Parafinas San Felipe”, “Ricolino”. Santa analizó la imagen: dos camas en la habitación, ambas llenas de cabezas. Lo veían fijamente. Verificó lo que acababa de leer: “Ayúdanos Santa. Nos tienen secuestrados. Nos desarman por la noche para no intentar escapar. Primera habitación. Segundo piso. Atte.: Juan Doe 1... Juan Doe 50.” En silencio, Santa

dio un paso al frente. Abrió el amplio costal. Aún había regalos y algunas latas de cerveza. Extendió su brazo desde el pie de cama. Los arrastró dentro cuales fichas de póker. “Gracias”, “gracias”, “shhh”, “hablen despacio”. Hizo lo mismo con la otra cama. “Gracias”, “el resto de nosotros está en...” ¡Zip! Cerró de golpe el costal. La amalgama de carne, sangre, metal y electrónica, seguía teniendo algunas necesidades. Y a pesar de ser un año duro para todos. Santa 655321 tuvo alimento seguro por cuatro años más.



La promesa de Navidad

Georgina Mexía-Amador

En este país anochece muy temprano. Son las tres de la tarde y ya todo está oscuro y triste. Es 22 de diciembre. No sé por qué Mamá me trajo aquí a pasar la Navidad. Dice que mañana iremos al bosque a jugar en la nieve. Es lo único que suena divertido. Extraño mucho a Papá; él no tiene cambios de humor tan repentinos ni tan violentos.

Mamá parece contenta de verme, me compra cosas, pero a veces se olvida de mí y cuando le recuerdo mi existencia se enoja. Hoy está muy seria, se sienta conmigo en la cama antes de dormir y me cuenta una historia extraña. Hace mucho tiempo, dice, el Rey Arturo celebraba la Navidad en Camelot, con todos sus caballeros y la reina Ginebra. De pronto, un caballero verde irrumpió como ventisca en el castillo. Todo en él era verde: su piel, su armadura, hasta su caballo. «Mañana te sigo contando», promete Mamá y acaricia mi mejilla. Me hace sentir feliz con ese pequeño gesto, pero no sé cuándo volverá a ignorarme.

Hoy jugamos en la nieve. Mamá está de buen humor y la pasamos bien. Pero en lugar de volver a la cabaña por el sendero, se adentra en el bosque. «Ven, mi amor», dice. «Todos en Camelot vieron con horror a aquel misterioso personaje. Sus ojos despedían chispas de fuego. Los miró con desdén y vociferó: “¿Quién se atreve a cortarme la cabeza?”». Mamá interrumpe la historia otra vez y dice que la terminará mañana. Ha estado más cariñosa de lo normal.

Por fin es 24 de diciembre. Mamá está seria, malhumorada durante gran parte de la mañana. De repente, en un acceso de alegría, anuncia que me tiene una gran sorpresa. Promete que iremos al mercadito navideño de la ciudad y luego cenaremos en un pub con temática de Harry Potter. La Navidad pasada no estuve con ella, sino con Papá, y espero en verdad que se trate de algo especial.

Salimos de la cabaña, pero estamos otra vez en el bosque. Qué extraño. Mamá camina delante de mí. Espérame, suplico, pero avanza de prisa. El cielo se nubla. Encontramos un claro en el que se amontonan unas piedras enormes, llenas de musgo. ¿Qué hacemos aquí? ¿Y qué hay de esa historia extraña que me ha estado contando? Quizá la olvidó. Mamá se sienta en una de las piedras, como si el viento no

aullara entre los árboles. «Ven, mi amor». Me aprieta con fuerza. Hace mucho frío. No quiero estar aquí. Estoy a punto de pedirle que nos vayamos, cuando escuchamos muy cerca un sonido agudo y rasposo, como si afilaran la hoja de un cuchillo. Siento cómo se acelera su corazón.

«Ahora conocerás el final de la historia. Yo siempre cumplo lo que prometo», dice, con un brillo feroz en los ojos. Quiero escapar de sus brazos, pero me lo impide. Escucho pasos que se aproximan. Detrás de una de las piedras, emerge al fin una figura humana. Sus pasos truenan. Mide como dos metros y trae puesta una armadura de color oscuro. Se detiene poco antes de alcanzarnos y ríe con voz de tormenta: «Vaya, vaya. Un ciclo más que se cumple».

Al verlo, Mamá no me protege, sino que se coloca detrás de mí, me descubre el cuello y me sujeta con fuerza. No puedo escapar. El gigante levanta un hacha por encima de su cabeza y antes de que la descargue contra mí me doy cuenta de que es verde.

La visita

Julio María Fernández Meza

*Should we wallow in such fantasies,
as we unquestionably have done over the centuries?*

Thomas Ligotti

Ninguno de los dos pudo suponer que pasaría a la historia por pergeñar un poema navideño, pero lo mágico, lo paradójico, es que ambos son recordados por haber escrito el mismo texto. Uno de ellos reconoció la autoría hasta que se vio beneficiado; el otro no pudo hacerlo por la sencilla razón de que se fue antes de tiempo. Ninguno, lo sospecho, presintió que mi colaboración fue decisiva.

El 23 de diciembre de 1823, en el Troy Sentinel, un periódico neoyorquino de renombre, se publicó “Una visita de San Nicolás”, un poema de 56 líneas compuesto en tetrametros anapésticos que, como se infiere por el título, trata sobre la visita de Santa Claus a un hogar. Mejor conocido como “La noche antes de Navidad”, el poema acontece en la víspera decembrina, lo que se indica desde las primeras cinco palabras de la línea inicial, es decir, los dos prim-

eros anapestos. Es inolvidable por consolidar en el imaginario colectivo una serie de símbolos como el trineo jalado por los renos que vuela por los aires, los nombres pintorescos de los animales y la descripción detallada de Papá Noel, vestido de cabeza a pies de pelaje, con la barba blanca como la nieve, la nariz y mejillas rubicundas. Y así la figura baja de la chimenea para entregar los regalos. Fuma su pipa y al final exclama, a bordo del trineo, “¡Feliz Navidad a todos y buenas noches!”.

El poema se volvió un éxito rotundo. Debido a que se difundió de manera anónima, la gente no dejó de preguntarse qué genio ideó semejante maravilla hasta que, en 1837, el editor de *The New York Book of Poetry* atribuyó la autoría de la composición a Clement Clarke Moore, profesor de literatura griega y oriental en la Iglesia Episcopal Protestante y eminencia bíblica. En un principio, Moore renegó de la atribución, tildando el poema indigno de su pluma, pues antes había publicado un lexicón prestigioso de hebreo e inglés. En cuanto se dio cuenta de su popularidad, el erudito incluyó el texto en sus *Poemas* (1844). Años más tarde, contaría la anécdota de que, luego de cazar un pavo, escribió el poema para recitárselo a sus hijos durante la cena navideña.

Hasta aquí todo bien... si la cosa fuera tan simple. A partir de 1860 los familiares de Henry Livingston refutaron la autoría de Moore y más bien le adjudicaron el texto a él, un sargento mayor que peleó en el Canadá durante la Guerra de Independencia y que, en sus ratos de ocio, gustaba de componer versos. Ahora bien, Livingston murió en 1828, por lo cual no pudo argüir que el poema era en teoría suyo, habida cuenta de que se hizo harito célebre hasta 1837 cuando salió a la luz la antología antes mencionada. La familia también divulgó que Livingston les recitó la composición en la época alusiva y, por supuesto, años antes de que apareciera en el periódico.

Hoy, 23 de diciembre de 2023, exactamente dos siglos tras la publicación del poema, la polémica sigue sin resolverse. No negaré que hay una película del canal Hallmark que se centra en la cuestión, porque no podría no haberla; ni tampoco desmentiré que hay una monografía sobre la controversia, cuyo autor, previsiblemente, resuelve que Livingston escribió el texto, aunque su indagación no me convence. Algunos dirían que el autor del poema soy yo merengues, yo, cuyo nombre es legión, porque somos muchos, yo, al que también conocen como Krampus. Pero eso sería todavía más obvio. Oh, no. La cosa no

es así de simple. Mi visita estimuló que los autores, así es, en plural, crearon un solo texto. Ahí les dejo el asunto para que se entretengan por más tiempito. ¡Ah, la dulzura de percibir este mundo oscuro sempiternamente adornado de luces y donde siempre es Nochebuena!



Diez cosas que no sabías sobre los regalos de Navidad

Adriana Otero

¡Pon la cámara bien! —dice Santa Claus a uno de sus duendes mientras se prepara para hacer el primer video de YouTube desde el Polo Norte. Está cansado de que la gente invente cosas sobre cómo se hacen los regalos. Preparar estas sorpresas vale la pena cada segundo, especialmente cuando le dejan galletitas...

¡Ay, no! Más bien, cuando los ve sonreír. ¡Sí, eso debe decir para sus seguidores! Aunque en realidad no tiene ninguno, todos piensan que es una cuenta falsa.

Los duendes, apilados para poder alcanzar los controles, le dan la señal para comenzar.

—Hola, amiguitos. Aunque sé que habrá algunos escépticos, yo soy Santa Claus. Bienvenidos a mi fábrica — Los duendes ponen los aplausos.

—Para el primer video de mi canal quise abrir con algo especial. ¿Cómo hago los regalos de Navidad?

Con mucho esfuerzo y cariño. Así que aquí van diez cosas que no sabían sobre estos. ¡Jo, jo, jo!

—¡Número diez! Los duendes son pequeños seres verdes de ojos rojos con largos dedos pegajosos que introducen en los oídos de los niños para conocer sus pensamientos y saber cómo se portaron.

—¡Número nueve! ¡Ah, la burocracia! Ellos llenan un formulario, el Krampus revisa, yo leo, firmo. Regreso el papel, y Krampus decide a cuáles niños se llevará.

—¡Número ocho! Krampus los visita y se los lleva. Desaparecen para siempre sin dejar rastro, es muy bueno en eso.

—¡Número siete! Cuando llegan aquí los ponemos en el calabozo porque odiamos cuando lloran.

—¡Número seis! En nuestra máquina son triturados y extraemos su sangre para obtener ese color rojo brillante y navideño que ven en los regalos y en mi traje.

—¡Número cinco! En cuanto a su ropa, la usamos para crear un nuevo costal cada año.

—¡Número cuatro! Con su cabello... Quizá sí hacemos magia, lo convertimos en los listones para los regalos.

—¡Número tres! No siempre quepo en las chimeneas, así que también los usamos para crear grasa y poder resbalar para dejarles los regalitos.

—¡Número dos! Tal vez es un poco lógico, pero los renos también comen.

—¡Número uno! Nosotros también ponemos nuestro arbolito, así que la señora Claus usa los ojos de los niños mal portados para las esferas y sus dedos para los bastones, poniéndoles un toque dulce y delicioso. — Al decir esto, Santa Claus sonrió a la cámara con gran alegría en contraste con su mirada siniestra.

—Así que ahora ya saben todo acerca de la magia navideña. ¡Felices fiestas! Nos vemos pronto, ¡no olviden dejar galletitas y suscribirse a mi canal, den like a este video! ¡Jo, jo, jo!

Tradición moderna

Liz Vargas

En algún fraccionamiento de Morelos de cuyo nombre no es necesario mencionar, se reunieron los colonos para mantener vivas las tradiciones decembrinas. La reunión se llevó a cabo vía Zoom, a las 9 p.m. La mayoría estuvo de acuerdo con hacer las nueve posadas y el 24, una pastorela junto a la fuente principal. Crearon el respectivo grupo de Whatsapp para mantener fluida la organización del evento.

El 11 de diciembre se llevará a cabo el encendido del árbol, de fibra óptica, hecho en China, con luces integradas, de 4 m de altura, con esferas de vidrio soplado (se comprarán en el súper más cercano). Las piñatas se mandarán a hacer con un diseño de la IA. Para los aguinaldos se van a usar sólo dulces en bolsa de celofán, chocolates de envoltura dorada y otras golosinas que están endulzadas con Stevia.

Josa propuso que el ponche sea sin guayaba porque está prohibida en su dieta. Charly llevará una botella de wiski para agregarle al ponche. Ali dijo que podrían ofrecer algunos bocadillos con pan negro de ocho cereales, queso azul , aceitunas negras con en-

salada de rúcula, lechuga y tomates cherry, aderezado con aceite de oliva extra virgen.

Lilia organizó la pastorela. Cada actor y actriz estudiará su parlamento, darán un ensayo cada fin de semana a través de Meet. Mandarán a hacer sus vestuarios con una diseñadora de la Ciudad de México. Lunni pintará a mano el escenario y hará telones de terciopelo rojo. Propuso un concurso de los mejor vestidos la última noche y quien obtenga más “likes” será quien gane. Los eventos se transmitirán a través de Instagram o Facebook Live.

Los personajes fueron elegidos o asignados según su apariencia, aunque no fue fácil elegir a Baltazar. Cuando fue el turno de elegir a la actriz que haría de María, casi por unanimidad rechazaron a Alisson. Dijeron que una vez vieron a su novio Emiliano salir de madrugada de la casa de ella, así que, por deducción obvia, ella ya no merecía ser la Virgen, pues casta y pura ya no era.



El obsequio

Kattepón Váiz Vaknkatz

Recuerdo las vísperas de navidad en casa de los abuelos. Cuando su maldito mejor amigo se presentaba con su regalo para ellos. Un costal grandísimo repleto de carbón, trocitos brillantes que primero odiaba arrojar a la chimenea, pues su mugre; entre rojiza y negra, tardaba en quitarse de mis palmas. Luego, cuando atestigüé la cosecha de la que tanto hablaba el amigo para rehusar las invitaciones a la cena por noche buena... sentí lástima por ellos. Comprendí porqué se retorcían una vez que empezaban a convertirse en fuego. No estaba demente, el humo que exhalaba la garganta de ladrillos sí era un lamento, similar a la voz de las ninfas en los árboles luego de ser latigueadas por el viento.

Y era *Carbonilla*, el hombre que convertía a los pequeños malcriados. Yo lo vi hacerlos. Cierta noche en que buscaba mirar las estrellas, un resplandor anaranjado en el pulmoncito verde, llamó mi atención. Tras un árbol me quede pasmado, viendo al tipo alimentar una pira con los niños que sacaba del interior de una bolsa. Danzaba el siniestro *mejor amigo* alrededor de la

hoguera, entonando la canción que narraba sus terribles crímenes.

*Bueno mis queridos amigos,
no puedo quedarme esta noche.
Pues hoy debo iniciar otra cosecha.
Mucho, mucho trabajo por todo el mundo.
Miren la lista, \qué grande es!
Mucho, mucho trabajo
por todo el mundo.
\Ahi va otra criaturita!
, que, por tantas travesuras,
apareció en la negra lista.
La, larala, larala
La, larala, larala.
\Ahi va otra criaturita!
, que, por tantas travesuras,
\apareció en la negra lista!*

Les dije a los abuelos, que el obsequio de *Carbonilla* no era bueno. Pero, solo respondieron: Pórtate bien todos los años.

La piñata

Olivia Guarneros

El canto alegre de los niños apareció como un presagio de su suerte:

—¡Dale dale dale no pierdas el tino!

Envuelta en sí misma, como un ovillo, sintió el casquillo de las botas de Adrián clavarse en su costado derecho. Hubiera querido gritar; sabía que si lo hacía, la saña sería mayor. Afuera, el entusiasmo crecía:

—¡Porque si lo pierdes, pierdes el camino!

Una cuarta patada se le incrustó en el pecho. Por más que trataba de soportar, sus brazos y piernas casi se desenredaban sin fuerzas.

—¡Ya le diste uno ya le diste dos, ya le diste tres y tu tiempo se acabó!

Había perdido la cuenta de las patadas que había recibido. Su cuerpo vuelto capullo, donde trató de encontrar protección, no ofreció resistencia. Adrián aprovechó para romperle la nariz, la boca.

Recordó las golpizas que hasta en Navidad recibía su madre. El último verso confirmó su destino:

—¡Esa niña es muy tonta, es muy tonta, se parece a su mamá!

El sermón

Jorge Quispe Correa Angulo

“Quiero darles a conocer mi pesar acerca de cómo ha perdido su real significado esta fecha. ¿Dónde quedaron los días cuando los niños, criaturas inocentes, enviaban cartitas para que el Viejito Pascuero les trajera regalos si habían sido buenos? Ahora qué piden: ¡Cosas tecnológicas! ¡Teléfonos móviles carísimos! ¡Zapatillas y ropa de precios exorbitantes! ¡Habrase visto! Y lo peor es que nadie los invita a la reflexión. Nadie les explica que ese día se celebra el nacimiento del Niño Jesús. Nadie se toma el tiempo de decirles que es el momento de dejar entrar la paz y la bondad en sus corazones. ¡Consolas de videojuegos! ¡Sillas para gamers! ¡Viajes al extranjero! Esto es inconcebible. ¡Tiene que parar!”.

Y sin más, ante la mirada incrédula de los elfos, Santa Claus subió a su trineo con un ilimitado arsenal de armas con la intención de llevar a cabo el mayor de los genocidios.



Extrañas navidades

Ross Sotomayor

Mi madre insistía cada año con la misma tarea llegado el mes de diciembre. Ella era una persona seria y de tradiciones muy arraigadas. Su familia siempre

Mantuvo las costumbres vivas.

La casa al inicio de mes debería lucirse repleta de adornos y motivos navideños.

Algunos de ellos habían sido comprados en distintas partes del mundo, en los muy conocidos mercados de pulgas donde abundan objetos únicos y misteriosos de segunda mano, y obviamente, aquellos propios de esta época que eran guardados durante todo un año para su venta estos días. Cada ornamento adquirido tenía historia y significado, y una singularidad especial.

El que más recuerdo de mi niñez era un Santa Claus que ella había adquirido en uno de sus raros viajes a Singapur. La efigie de aproximadamente 2 metros de altura tenía un aspecto diabólico. Constaba de una luz amarilla que al encenderla emanaba un gesto de tono rojizo tipo demonio. Él no era lo más tétrico, lo fabuloso de esa imagen era que al entrar

el aire en unas extrañas ranuras, hacían un efecto de carcajada maligna **jo – jo – jo** que alertaba a todos los que lo escuchábamos.

En otra de sus travesías, trajo de la vieja Alemania un tipo cascabel de unos 30 centímetros que había sido colgado a la entrada de nuestra casa, en el se leía la rara inscripción: Krampus. Lo insólito de ese artefacto es que los días 5 de diciembre por la noche, el viento producía en ese cascabel un minúsculo movimiento que producía un ruido que alertaba a los pequeños y los hacía llorar.

Otra de sus grandiosas adquisiciones fueron unas pequeñas figurillas que había traído de Islandia. Cada uno de ellos procuraba realizar una tarea extraña a la mirada de quienes los percibían. Estos fueron colocados en el jardín, de tal manera que durante esta época, excepcionalmente en las noches cambiaban de lugar y de apariencia.

Supongo que a mi madre le producía algún tipo de placer poseer estos adefesios en casa. Su último logro incluía un pie de árbol y una estrella de punta de árbol; ambos negros, de una negrura que me aterraba recordar. Ella los adquirió en Providence, quizás esto explique algunas de sus inusuales características.

La primera vez que los colocó en nuestro pino, fue una noche de pesadillas. El pie del árbol se tragaba todo lo que había alrededor, incluida la luz. Era un hoyo negro en medio de la sala, sin embargo pasada la media noche, se observaban colores extraños que emanaban de esa oscuridad, haciendo que el pino se luciera con destellos y tonalidades inimaginables.

La estrella en lo alto era una especie de pica, con cinco puntas, su procedencia también era la misma que el pie del árbol, aunque ella aseguraba que había hecho un viaje largo desde Israel a Providence, y que era la misma que había perforado el costado de Jesús. Esta, cuál estrella de Belén, daba la sensación de movimiento en lo alto del árbol navideño de casa, pues las luces extrañas que emanaba hacían el reflejo de espejo.

Esta navidad ha traído un nuevo souvenir de Escandinavia. Se tratan de un juego de luces que hacen juego con la estrella y el pie del árbol, ella dice que es un remedo de la *Aurora boreal*. Ya veremos el 24 cuál es la insólita cualidad que tiene, tengo curiosidad como cada año, sobre cada nueva situación.

Santa y su imitador

Gerardo Horacio Porcayo

La navidad no siempre ha tenido la misma configuración. A partir del siglo XI, uno de los discípulos y seguidores de Santa Claus, optó por radicalizar las cosas: su nombre era Krampus. En aquellos tiempos se paseaba, la noche anterior a Navidad, en busca de chicos mal portados, para entregar castigos acordes a las diabluras infantiles. Su paso quedaba siempre marcado en el suelo por las huellas de un zapato derecho y la enorme pezuña caprina izquierda. Siempre oculto bajo una capucha, a veces era posible distinguir sus enormes cuernos espirales en algún giro imprevisto.

Con la llegada de la revolución industrial, de la digital, las grandes riquezas y la moda cosplay, cada vez resultan más escasos los avistamientos de este personaje que, poco a poco ha accedido a las modernidades del Sistema de Corrupción Global y, a cambio de grandes sumas, acuerda liberar de genuinas torturas a los chicos mal portados que sus padres, pillos garantizados, empeñados en la malacrianza de sus vástagos, aún festejan con la entrega de juguetes

de marca, originales, comprados en caóticas ventas nocturnas de emergencia en tiendas departamentales ya preparadas para tan conocida contingencia o, en el caso de los más conscientes, comprados con malsana antelación para incentivar la duda y poner tempranamente a prueba la fe de su progenie.

Se cree que todas estas acciones sediciosas e instigadoras de la compra de indulgencias infantiles y de los falsos premios a los infantes traviesos, han provocado una viva enemistad entre Santa y Krampus, y que Santa gasta la mayor parte del año planeando estrategias para opacar la acciones torcidas de Krampus y redirigir la potencia de la Navidad hacia su objetivo original de hermandad, paz y amor. Sus duendes, enormes artesanos de la juguetería en todo tipo de materiales, saben reproducir etiquetas, cromos, cajas de embalaje, pero en realidad nunca tienen tiempo para aprender el abecedario. Más que creativa, su labor es reproductiva: a partir de un prototipo o del original juguete de marca, consiguen realizar copias tan fieles y exactas que sólo el más acucioso investigador es capaz de identificar. Los regalos de Santa pueden distinguirse de los adquiridos por los padres truculentos, por los ligeros corrimientos hacia el rojo o por el gusto incorregible

de los duendes de introducir diminutas letras S en la pintura del artículo o en las costuras de las ropas que las figuras articuladas portarán. La tonalidad bermeja siempre estará presente en estos casos, lo que nos lleva a otra idea popular y errónea, el color rojo no es el favorito de Santa, ni el original ropaje que acostumbraba a usar en el pasado, cuando iniciara su labor altruista y fungía como obispo con el nombre de Nicolás, y acostumbraba los ropajes blancos, o los verdes monásticos, pero sus incursiones en las heladas latitudes lo hicieron desistir de ambas tonalidades frente a los inevitables accidentes de tráfico.

En otras palabras las versiones opuestas sobre la genuina existencia de Santa Claus, no hacen más que desentrañar parte de otra guerra entre el bien y el mal que ocurre precisamente durante la conmemoración del nacimiento del niño Jesús.



Insomnes

Maria X. Corona Escamilla

—Agarra un buen puño de tierra con esta ceniza y ve a rellenar ese hoyo.

—¿El de la tuza?

—Sí, ese. Y luego vas y haces lo mismo con los demás.

Mi nana se ponía ansiosa desde que amanecía hasta que atardecía el mero veinticuatro, y mientras cocinaba sus romeros y bacalao en cantidades nauseabundas, volteaba a ver nerviosa el reloj.

—Mete a los pájaros y encierra al Canelo.

—Pero si apenas son las seis.

—Corre a hacer lo que te estoy diciendo.

—¿Por qué yo?

—Tú eres la primogénita, a ti te toca hacerlo.

—Si son tan chiquitos, ¿por qué les tienes miedo?

—No son chiquitos, ¿quién te dijo eso? Ya está cantando el gallo. Sacúdete las enaguas y ve a hacer lo que te dije.

Llegada la noche mi nana atrancó la puerta y me hizo una cruz de saliva en la frente. Luego se sentó a la mesa y mientras cenábamos, perdida en sus pensamientos miraba a través de la ventana.

—¿Fueron ellos quienes te lo quitaron?

—¿El qué?

—El sueño.

—Sí, estaba jovencita como tú. A veces me gustaría poder cerrar los ojos y volver a soñar. Ya casi no me acuerdo cómo se siente, pero el veinticuatro es diferente, ellos me dan licencia, es como un regalo y por una noche me regresan mis sueños; algunos son míos pero a veces son de los otros, esos, que tampoco pueden soñar.

El Santa violeta

Karla Arroyo

Rito me había dicho que no existía, que dejara de hacerme ilusiones. Él aseguraba que siempre se trataba de un ser cercano quien se disfrazaba del señor que parecía duende rojo; hasta la barba y la panza eran falsas. Yo no le creía, si estaba tan seguro, tenía que probarlo. Además, cómo voy a tomar en serio a alguien que quiere que lo llamen como su nombre de avatar en la consola de videojuegos, era ridículo.

Cuando le dije a mis papás, se sorprendieron, se miraron uno al otro. No me contestaron, pero uno tomó las llaves del coche enseguida, y fuimos al centro comercial a tomarnos la foto familiar con Santa —aunque la gente se nos quedara viendo raro una vez más—.

Al llegar al pasillo central donde estaban los kioscos de navidad, nos dimos cuenta que había una enorme fila para sentarse en el sillón del barbón y entregarle la carta, que por cierto, no llevaba.

Todo por culpa de Rito, bueno, Adrián, quien me había convencido que eso era asunto de bebés. Papá Rodolfo me dijo que la podíamos mandar a: correo-

desanta.com y redactarla mientras nos tocaba el turno.

Yo no quería formarme, pero sí recibir regalos, así que les pedí que regresáramos otro día, pero ellos insistieron en esperar. Apenas había avanzado un poco la hilera, cuando don navidad puso un letrero de “vuelvo en una hora”, seguro iría a atiborrarse de galletas. La gente se molestó pero aún así conservaron su lugar. Entonces dije muy seria —Papá Rodolfo, Papá Cometa, sí creo en Santa ¿ya nos podemos ir?

Al llegar al estacionamiento, vi una carpa que estaba en la banqueta del callejón. Tenía muchas luces como las del pino de la casa, les rogué que me llevaran a ver qué era. Caminamos hacia fuera y al acercarnos vi a un Santa violeta, quien nos llamaba a señas en sus guantes negros y brillosos.

Papá Cometa le preguntó cuánto cobraba por una foto familiar y le contestó con una voz de eco como las que se oyen por micrófono, que era cooperación voluntaria.

Cuando lo vi de cerca, parecía que una persona estaba dentro del traje con máscara. Nadie podía tener esas manos tan largas y llenar las botas como las que usan los payasos, o tener cara de plástico con esos ojos grandes sin parpadear.

Papá Rodolfo no estaba convencido, le dijo al oído a Papá Cometa que regresáramos mañana más temprano al centro comercial.

Santa los escuchó. Nos aseguró que él, sí cumplía los deseos en las cartas y la condición era, que yo firmara la promesa de decir la verdad de cómo me había portado en el año.

Les susurré a mis papás que él debía ser el verdadero Santa porque el que está en el sillón bajo el enorme árbol de la plaza, solo se reía con su tonto jojojo por cualquier cosa.

El santa violeta olía a tierra mojada. Me acercó un libro enorme que apestaba peor que él y me pidió que pensara en mis regalos y luego escribiera mi nombre completo con una pluma de ave negra.

Santa violeta me daba un poco de miedo, pero aún así confiaba en él.

Los muebles eran modernos y muy simples, como si fuera el interior de una nave espacial de las películas que le gustaban a Papá Cometa.

El Santa violeta apretó un botón de un control remoto del tamaño de una moneda.

Lucecitas de colores se prendieron con resplandores intermitentes, parecían ojos de animales en la noche, como los documentales que ve Papá Rodolfo.

El hombre violeta nos hizo sentar en una banca, -que no era más que un rectángulo blanco- yo quedé en medio, nos dijo que era para la fotografía que él ofrecía. Se colocó justo detrás de nosotros; yo miré sobre su hombro y había una forma de él, que se amoldaba a su cuerpo. Nos pidió que miráramos el punto ámbar, yo tenía curiosidad por saber qué hacía, colocó sus manos en el hombro de mis papás y les puso un una taparrosca de metal; ellos se quedaron quietecitos, como dormidos.

Oí su voz rara en mi cabeza. —Ahora sí Eva, puedes contarme tus deseos de navidad, pero quiero que seas honesta, dime lo que quieres.

—¿Pero qué les pasó a mis papás, qué les hiciste?

—No te preocupes, nunca les haría daño, ni a ti... a menos que eso esté en tu lista.

Abrí muy grande los ojos —¿lo que sea?—

—Piensa muy bien en lo que estás a punto de pedir, para que no te arrepientas después.

—Entonces tú no debes ser muy bueno.

—Soy mas real que el que tú y tantos niños y niñas esperan en el centro comercial...

Tus padres no se imaginan que soy más cercano de lo que ellos creen, me han puesto muchos nombres a través de los tiempos, la humanidad me reza, invoca

y evoca en distintas deidades, he existido desde antes que evolucionara su raciocinio y fueran conscientes de sí mismos. Por mi naturaleza salgo y me mezclo entre ustedes en las épocas invernales en esta zona en particular, porque aquí me he adaptado mejor. Ahora me llaman San Nicolás, Papá Noel, o Santa Claus recientemente.

—Bueno... ¿Y ya sabes qué vas a pedir?

En lo que Santa me decía todo eso que no entendí bien, repasé en mi cabeza lo que deseaba mi corazón. Me daba un poco de pena, por eso se lo recité en voz baja y rápido.

—Escribe tu nombre aquí, con esto aceptas todo lo que venga después

—¿Hay que pagarte?

—Ya lo hiciste. Que creas en mí es lo más valioso, así me mantengo vivo.

Ah, por cierto, una vez que cruces el umbral ya no recordarás esta conversación. A menos que...

Abrió un cajón de un mueble que antes no estaba ahí, sacó una roca aplanada y me la dio.

—A menos que te sientas muy mal o triste, piensa en mí con todas tus fuerzas y frota esta piedra, hasta que veas un resplandor de mi color; así me llamas el próximo año.

—Rito creará en ti y sus amigos dejarán de burlarse de mi pequeña familia.

El Santa volvió a su lugar, quitó la cosa metálica de los hombros de mis papás, sonrió enseñando unos colmillos largos y tan blancos que casi brillaban. Al activarse el flash de la cámara, despertaron, después le agradecieron con unos billetes que colocaron en una burbuja.

Fue la mejor foto familiar que tuvimos y aunque ellos se separaron tiempo después, yo tendría cada navidad para pedir más deseos a ese Santa Claus violeta que en los retratos se veía como una persona común, disfrazada.



La Llegada

María Elena González

El ultimo enemigo que será destruido es la muerte.

1Corintios 15:26

PRIMER DOMINGO

Empezó hace dos semanas.

La flama fulgurante se movía al compás de las luces de navidad. Sentí un olor extraño al acercarme a apagarla; una mezcla de moho y pino quemado. Tomé la vela y limpié el pabilo, en pocas horas tenía que llevarla a misa a bendecir. Últimamente había mucho dolor en el pueblo. Los niños enfermos se estaban consumiendo.

Está oscureciendo y caminar por el pueblo produce una extraña sensación; los aparadores están apagados, en las avenidas las luces de cada año no se han prendido. Hay incertidumbre y las calles vacías se alargan hasta el infinito. En la iglesia los ojos de las madres son de súplica ante el sacerdote que está dando su sermón. El miedo adorna los cuerpos cansados que escuchan: No se olviden de dios, hoy

comienza el adviento. Dice. Las mujeres van dando pasos lentos, arrastrando en sus cuerpos el desespero. Acercan la vela morada para que el sacerdote la bendiga y llevarla a su casa. Una nueva luz para sus hijos. Esperanza.

SEGUNDO DOMINGO

Los primeros niños que enfermaron fallecieron. Su piel parecía haberse derretido, escurría colgante y en su rostro las pupilas se habían ennegrecido. Se extinguieron con la llama de la vela morada; se rumoraba que en la madrugada del sábado se habían apagado en todas las casas. En la nuestra también. Fue una misa difícil. El sacerdote nos pedía calma y temor de dios. No se alejen de él, menos en la llegada de su hijo. Sus designios tienen un porqué; gritaba andando de un lado a otro, tocando hombros, cabeza y espaldas de los feligreses, como si con esto los fuera a convencer. Las familias avanzamos hacia el altar llevando la vela verde entre las manos, agarrada con fuerza, como si fuera un soporte. La bendición de dios y la paz esté con ustedes, es lo único que escuchamos al extenderla. Mis hijos están en casa. Hay frío y temo que caigan enfermos como ha pasado con un nuevo

número de niños. Todo parecía una burla, la paz no estaba en nosotros, se había perdido.

Por las noches era imposible dormir. Pasos ligeros se escuchaban en la sala de mi casa. Bajar era una lucha constante para atravesar el pasillo que denostaba a la luz de la escalera convirtiéndola en oscuridad. Abajo se sentía la presencia de varios niños que con pasos deslizantes cruzaban por la habitación. Su risa juguetona traspasaba mi inteligencia. Al llegar abajo se hizo un silencio sepulcral. Mis ojos buscaban temerosos la corona de adviento. Las llamas de las dos velas centelleaban con fuerza. Sentí muchas miradas. En el pino de navidad, las esferas giraban con lentitud, en su redondez percibí el reflejo de algo. Al acercarme mi cuerpo se paralizó: eran ojos, pequeños ojos. Cerré los míos, no sabía que pensar. Al abrirlos habían desaparecido. La vela roja, resplandecía a pesar de estar apagada, simbolizaba la alegría. Sentí una ráfaga de aire helado que atravesó mi cuerpo. Era ilógico, el encender cada vela había significado la muerte, ¿qué alegría había en todo esto? La esperanza se había desvanecido, la paz ya no la contemplábamos. Subí a ver a mis hijos, estaban dormidos. En su cara, había calma, mucha calma.

TERCER DOMINGO

La Navidad se apagó. No había festejo. En las puertas de las casas los adornos navideños fueron reemplazados por moños negros. El frío y el desaliento nos mantenía a todos guardados. Mis hijos se sentían tristes y asustados, por momentos parecía que percibían también las risas de los fallecidos. Yo me sentía confundida y mi mente no estaba bien, tenía incrustada la imagen de cada uno de los muertitos, era imposible no verlos, cada noche se aparecían sus rostros en las esferas y desaparecían al otro día, con el rayo del sol. ¿Estaba enloqueciendo? Mis hijos tenían días de no bajar, vivían arriba. No fue difícil convencerlos.

Las velas rojas jamás se encendieron. Muy pocas familias se habían congregado. El pueblo se sumergía en un pantano de incertidumbre que me hizo sentir extrañamente complacida; corrían rumores de que mucha gente escuchaba risas que eran traídas por el viento del sur, ese viento helado que arrasaba con todo. El sacerdote había decidido cerrar la iglesia, que cada familia en casa encienda su vela, dijo. No hay nada que festejar. Por alguna razón me dio gusto a pesar de que cada día era más fuerte la sensación de que algo iba a suceder. Al menos en mi familia no

había pérdida. Encendí la vela roja. Me sentía muy bien y mis hijos estaban sanos, su piel se veía diáfana y muy suave, eran hermosos.

CUARTO DOMINGO

La navidad tocaba la puerta. Me levanté con ansias. Afuera la nieve caía copiosa. Comencé a prepararme para el advenimiento, tocaba encender la vela blanca. Limpié, preparé la cena, horneé pan. Mis hijos jugaban en su cuarto todos los días, ajenos al dolor que había afuera. Salí hacia la iglesia, quería que todo fuera perfecto. Toqué con fuerza el portón del templo. El sacristán gritó que no había nadie. Toqué de nuevo y le pedí que bendijera mi vela blanca, que era muy importante, le dije. El asomó la nariz por una pequeña rendija, y gritó que estaba loca. Que me fuera. Regresé con calma, disfrutando de la tranquilidad de las calles vacías, me sentía tan feliz. Las casas parecían abandonadas, los animales extrañamente se habían internado en el bosque, la calma parecía un ser vivo, caminaba a mi lado impregnándolo todo, el silencio era hermoso.

No supe cuánto tiempo pasó. Corrí al darme cuenta de que el sol languidecía. Al entrar a mi casa

y pasar por la sala escuché pequeños pasos y risas, de nuevo se mostraban los ojos de los niños en las esferas. La luz de la chimenea encendida me regalaba sombras alargadas. Grité a mis hijos, les pedí que bajaran. No contestaron. Les grité de nuevo. Nada. Una carcajada profunda y seca llegó a mis oídos, venía del árbol. Sentí un vacío muy grande en el pecho. La vela blanca me quemó, cayó de mis manos.

Convivio

Alejandro J. Roque

Sonó la puerta. La sangre se le heló. Tragó saliva, suspiró profundamente cerrando los ojos. Dudó. Finalmente, abrió. Como de costumbre, las Arrieta solo emergían en fiestas, celebraciones tradicionales o funerales para comer gratis y, este Día de Reyes, no fue la excepción. Sin dudarlo, la jauría se agazapó directo al comedor, donde el exquisito olor a chocolate bañaba todo el espacio y donde la humeante rosca de reyes desprendía notas fragantes de naranja. Entre malos chistes y grotescas carcajadas, una a una tomó su rebanada y la chopearon en chocolate sabor a envidia. Como cada año, lluvia de comentarios se prepararon para lapidar el menudo cuerpo de la anfitriona. Así, Rosa dijo que Lola estaba embarazada; Agustina y María, que parecía ser que iban a dar a luz en el mismo mes y que pensaban ponerle el mismo nombre a las criaturas, ¡qué original! Belfegor participó de la fiesta en el traje de la tía Magda quien, sin titubear, preguntó “y tú, ¿para cuándo? Se te va a pasar el tren y luego ya será muy tarde ¿En serio vas a empezar el doctorado en botánica? ¿qué

va a resolver una investigación sobre plantitas? Mejor ya cástate y que te mantengan, si no, te vas a quedar sola”. “¡Sí supieras!” pensó Victoria mientras apretaba los dientes. Calló. Ahora, Amón participaba del convivio en los pensamiento heridos de la joven quien tomó aire, cortó su segunda rebanada y sacó el Niño. Todas, salivando, gritaron “¡te salió el niño, te toca la tamaliza!”. La anfitriona, con una sonrisa hosca, simplemente asintió. Así, el Día de la Candelaria llegó y las Arrieta, puntuales, aparecieron. Notas dulces bailaban desde la cocina. Todas ellas, ansiosas, no podían esperar. Bebieron el dulce néctar decorado con flores amarillas y comieron de los especiados tamalitos, probablemente verdes, aunque el sabor era un tanto amargo. Espeluznantes gritos de dolor brotaron y las primas empezaron a sangrar sin control. Chorros bermellones tiñeron el piso. Remedos de personas, similares a ajolotes, se desperdigaron por el piso. Las tías, brujas impías, entraron en un trance del que nunca regresaron. Riendo a carcajadas, Victoria decía una y otra vez: “¡Escuchen las trompetas de los ángeles, anuncian que a mí me salió el niño pero a ustedes se les salió...”.

Os pido posada

Manuel Mörbius

Mi mamá había invitado al tío Eduardo y discutimos todo el día por aferrarse a la idea de “perdonar” a ese marrano. Yo era la única que se acordaba de lo que hizo, pero no debía enojarme con ella; estaba enferma y no valía la pena acongojarla más. Bajé a la cena cuando estaban cantando el *ora pro nobis*. Encendí una vela y abracé a mamá, ella tenía las letanías impresas en un librito de papel endeble y le estaba temblando la mano. Nos había tocado ser posaderos dentro de la casa y afuera... no entendía muy bien quién estaba afuera. Toda la familia se había quedado adentro, incluyendo al pendejo de mi tío Eduardo, y no sabía por qué. La voz de quien pedía posada me estremeció:

No seas inhumano / tenos caridad / que el Dios de los cielos te los premiará.

Se parecía a la voz de mi hermano. Mi corazón se aceleró y recordé cuando él nos visitaba de Gringolandia; siempre llegaba de sorpresa y sin avisar. Traía gorritos y un montón de suéteres horribles. Mamá temblaba. No podía hilar el ritual y sentí el frío paralizante que se cristalizaba en mi nariz. Mamá siguió cantando.

Pues si es una reina / quien lo solicita / ¿cómo es que de noche anda tan solita?

Un silencio se impuso. Afuera azotaron la puerta, con un golpe firme. Seguido de otro: *Dios pague, señores / vuestra caridad / y que os colme el cielo / de felicidad.*

Luego golpearon varias veces más a la puerta, con desesperación. Toda la familia estaba petrificada y mi mamá comenzó a llorar cuando dijo:

¡Entren santos peregrinos / reciban este rincón, que aunque es pobre la morada / os la doy de corazón! / ¡Cantemos con alegría / todos al considerar / que Jesús, José y María nos vienen a visitar!

Después de que lo invitó a pasar, la puerta se abrió y una espesa niebla se esparció por la sala. Miré a mi hermano, tan fresco y jovial como cuando lo enterramos. Tenía los ojos tan rojos como las flores de noche buena y sus dientes afilados parecían dos árboles de navidad colgados al revés, coronados con una brillante punta asesina. Su sombra cruzó por arriba del nacimiento y se fue directamente a la yugular de tío Eduardo. Las gotas salpicaron en los ojos del niño dios y comenzó a llorar sangre.

A la media noche estábamos sentados en la mesa. Mi hermano al centro cortaba un trozo de carne del tío Eduardo y nos servía en la vajilla especial. Todos

teníamos el regalo de mi hermano en el cuello e intentábamos cubrirlo con los horribles suéteres que nos **había** traído. Yo estaba asustada hasta que vi a mamá sonreír. Entonces pensé: “No creo que sea la navidad más horrible que hayamos pasado”.



Pensadlo bien

Dolo Espinosa

Pensadlo bien porque no lo habéis pensado.

Pensad, detenidamente, durante un minuto, en Santa Claus, Papá Noel o cómo queráis llamarlo.

Pensad bien en ello.

Un hombre con un saco que se cuelga en vuestra casa de noche, cuando todos duermen.

Advertís a los niños de que no deben verlo bajo ninguna circunstancia... Y os quedáis tan tranquilos.

Pensadlo detenidamente porque no sabéis lo que invocáis e invitáis cada año a vuestros hogares. No tenéis la menor idea de lo que pasa con esos niños que, curiosos, aguantan despiertos y dispuestos a ver a ese ser mítico y mágico.

No os imagináis el horror de sus caritas cuando, en lugar de la sonrisa bonachona y la risa contagiosa, se encuentran ante un rostro de oscura maldad y un saco que no se abre para entregarles juguetes sino para engullirlos y llevarlos a lugares que no queréis conocer.

No tenéis la menor idea de lo que ocurre con ellos ni la tendréis jamás, porque, a la mañana siguiente,

nadie, absolutamente nadie, les recuerda, ni les llora, ni les añora porque, cuando la negrura de ese saco los devora y los envía a sufrir torturas que no queréis imaginar, se borra cualquier rastro de su existencia.

A menos que un día, sin saber cómo, encontréis un pequeño jersey rosa con olor a colonia infantil y el corazón os dé un pinchazo de dolor y no sepáis por qué...

Pensad, detenidamente, durante un minuto en Santa Claus, Papá Noel o cómo queráis llamarlo.

Pensad bien en ello y luego rezad para que vuestros hijos no sean demasiado curiosos.

Un deseo cumplido

M. Andrei Velit Casquero

La noche del 24 de diciembre, una alfombra interminable de nieve invadía las calles de Bremen mientras un viento inmisericorde paseaba silbando por toda la ciudad.

La familia Schmidt se encontraba reunida alrededor de una mesa generosa en viandas navideñas: el chocolate caliente, el infaltable panetón y el respectivo pavo, se hallaban servidos, listos para ser degustados por los paladares caprichosos de los dos niños y sus padres.

—Cariño, ¿y el *Schlingel* de David? —preguntó la señora Schmidt con desprecio, alistando su cuchillo más filoso para rebanar el pavo.

—No lo sé y no nos debe importar, mi vida —respondió el señor Schmidt, fastidiado— él no es nuestro hijo. Solo lo adoptamos como un favor a la memoria de tu alcohólico hermano, nuestros únicos hijos son ellos: —y señaló a las dos criaturas antojadizas que se disputaban la tajada más grande de panetón.

De pronto, una estrella fugaz cruzó el cielo mortecino ostentando todo su resplandor. Los niños, em-

belesados, pegaron sus ojos a la ventana y antes de que pidan sus respectivos deseos, un sonido extraño se interpuso. Ellos, aún con la emoción a tope, pero endiablados por la repentina interrupción, voltearon sus rostros y lo que vieron los paralizó:

Sus padres —presos de una mutación— vomitaban sangre, y esta se adhería a su piel convirtiéndose en un tupido pelaje oscuro. Luego, sus rostros cada vez menos humanos, adoptaron una expresión diabólica y de la frente les creció un par de largos cuernos.

Los horrorizados niños no tuvieron oportunidad ni de gritar, pues las grotescas criaturas, que alguna vez fueron sus progenitores, se les abalanzaron impulsados por sus patas de cabra, destazándolos con una brutalidad escalofriante.

Minutos antes —tiritando de frío, con la ropa descubierta, las mejillas amoratadas, el alma rota y el cuerpo flagelado por causa de sus padres adoptivos— el pequeño David vio pasar una estrella fugaz. Se sobrepuso al llanto, al nudo de su garganta y no dejó pasar la oportunidad:

“Que los monstruos se conviertan en verdaderos monstruos”, deseó desde el fondo de su corazón.

Una Navidad pacífica

Diego Basulto

Después que la lluvia ácida secó los últimos rastros del asfalto de Mérida, un anciano de blanco y rojo se apoyó en su bastón para subir las escaleras de una casa colapsada. el olor a madera podrida, las paredes invadidas por un nauseabundo moho radioactivo y el piso de loza quebrada no rompían la determinación del visitante, cuya brújula mental lo guiaba hacia una habitación sin puerta, con una cama ocupada.

—¡Feliz Navidad! —dijo el anciano, levantando su bastón con alegría. La niña tosió y esbozó una sonrisa.

—Viniste, Santa.

—He traído tu regalo, por ser una niña muy buena... Una Navidad pacífica.

—Al fin.

La niña cerró sus ojos y abandonó el ruido sofocante del dolor radioactivo. El anciano sonrió al rostro frío de la última persona que lo recordaba y, cumpliendo el deseo de la misma, desapareció del

mundo, dejando sólo su bastón tirado en aquel cuarto perdido de un mundo en paz.

Carta a los Reyes Magos

Aldo Hernández Zúñiga

Queridos Reyes magos:

Este año me porté bien, porque hice lo que me dijeron la última vez que vinieron; el pajarito de juguete que me trajeron el año pasado lo puse en la cama de mi mamá; ahora ella tiene una panza muy grande y estoy muy contenta porque creo que mi hermanito nacerá pronto. De verdad, muchas gracias por haber leído la última carta que les dejé y por haberme traído un hermanito. Antes me sentía muy triste porque no tenía con quien jugar; varios de mis amigos de la primaria me decían que tenían hermanitos y que jugaban mucho con ellos, pero mis papás me habían dicho que no podían darme un hermano.

Este año, quiero pedirles que me traigan algunos juguetes para jugar con mi hermanito. Me gustaría mucho que nos trajeran unas naves espaciales como las que usaban ustedes cuando vinieron a mi casa el año pasado. Sé que son juguetes caros, así que está

bien si nos traen unas naves pequeñas, aunque no vuelen.

Me siento muy feliz porque voy a tener un hermanito y también estoy muy emocionada porque ustedes van a venir a conocerlo. Gracias por todo. Ya quiero verlos otra vez.

Con cariño,

Salomé

P.D Prendí la lamparita que me dieron, que es como una estrellita, después de que mi mamá gritara y se quedara dormida; como ustedes me lo pidieron.



Los autores :

Víctor Celaya Canto

Se llama Victor, tiene 29 años, estudia en la UACM, en la carrera de Creación literaria. Ha publicado varios cuentos en revistas literarias como: Nocturnario con su cuento “Una familia” (2017), también ha publicado en la revista Página salmón con su cuento “Efimere” (2020) y sus últimas publicaciones en la revista de la universidad Palabrijes con sus cuentos “Hecho de tiempo” y el “Emparedado perfecto”. Firma con el seudónimo Rotvardem. Disfruta escribir cuentos del género fantástico, de terror y ciencia ficción. Constantemente idea nuevas historias para hacerles la vida imposible a sus personajes.

Pedro L. Chávez Aguado

Nacido en Salamanca y radicado en León, Guanajuato. Hijo de Pedro Chávez y Esther Aguado, casado felizmente desde 2011 con Patricia Rodríguez y orgulloso padre de Luis Patricia y Kristal. Estudió la carrera de Médico Cirujano en la Universidad de Guanajuato, la especialidad de Pediatría en la misma universidad. Subespecialista en Urgencias Pediátricas por el Hospital Infantil de México. Se formó como escritor bajo el auspicio del Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato, a través del Fondo Para las Letras Guanajuatenses, en el Taller Ibargüengoitia de Novela. Fanático de Asimov, Frank Herbert, Phillip K. Dick, de Star Wars y de Star Trek. Amante de la ciencia ficción, la fantasía y la novela negra, pero por sobre cualquier género, amante de leer. La editorial Palabra Herida, sello de Grupo Editorial Letras Negras, publicó su novela El jurado está deliberando en septiembre de 2022.

Nicole Ivette Povea Uribe

Nació en Lima, Perú. Psicóloga de la Universidad Nacional

Federico Villarreal. Actualmente, labora como redactora de contenido y analista de selección. Autora del cuento: “Víctor, te estoy esperando” del Concurso de cuentos de amor universitario 2017 y autora del poema: “Ser voluntario es” 2020.

Madre de una preciosa niña llamada April Fernanda.

Heidi Carolina Molina Duque

Venezuela. Magister en Ciencias mención Orientación de la Conducta. Licenciada en Educación Integral con área de concentración en lengua. Inicia en el arte de la escritura a mediados del presente año (2023), participando en concursos literarios y colaborando en diversas publicaciones digitales.

José Emmanuel Lagunas

Nació en Cuernavaca, Morelos, el 2 de septiembre de 1996. Ha publicado las novelas “El hombre del casco” y “Asechan entre los árboles”, ha participado en el periódico la Unión de Morelos con los artículos “El futuro ya nos alcanzó”, “Realidad aumentada y virtual como herramientas de aprendizaje” y “Las redes sociales y la muerte”, obtuvo el tercer lugar en la cuarta edición de “Creando futuro” con su cuento “El responsable del agua”, su cuento “Ya no puedo más” forma parte de la antología de cuentos navideños “Navidades paralelas”, su cuento “El culto del Dios máquina” forma parte de la antología de ciencia ficción “Proyecto rebelión” de Akera ediciones, además ha publicado en revistas como Vórtice de la Universidad Autónoma del estado de Morelos (UAEM) con el cuento “El Dios máquina” y en la revista Letras Insomnes con el cuento “El último adiós”.

Dilsia Zoskia

Tlalnepantla México, 1981. Su narrativa está influenciada por el Splatterpunk de los ochenta y por el Descontento realista. Ha publicado cuentos en los libros Pesadillas Latinoamericanas, Una sombra que me acecha. Vol. 2 y en las revistas

digitales Penumbria, Chile del Terror, Nahual Errante y Letras Insomnes. Es miembro activo del Manifiesto del Terror Latinoamericano, impulsado por el escritor colombiano David Kolkrabe.

Lyanne Acosta

Nací en Guachochi, Chihuahua México. Me dedico a la docencia y también a la escritura. He participado en diversos espacios culturales y artísticos, así como periodísticos a nivel local, nacional e internacional. Escribir me encanta, así como investigar y reinventarme experimentando géneros, personajes y técnicas. Mis columnas se pueden leer en Comunidad Cultural y Verso Inefable, así como en mi página de Facebook donde comparto las oportunidades que me brindan otros espacios.

Dalia Aguilar Salgado

Lic. en Administración. Integrante del Consejo de Cronistas del Municipio de Jiutepec Morelos a partir del 19 de noviembre del año 2016. Integrante de la Asociación Nacional de Cronistas de Ciudades Mexicanas (ANACCIM) a partir del año 2017. Primer lugar por el trabajo presentado en la mesa: “El cronista y la crónica en el siglo XXI; fortalezas y debilidades”. del 41º. Congreso nacional de la Asociación Nacional de Cronistas de Ciudades Mexicanas. agosto 2018.

Baron Montesquiú

Uno de los heterónimos de Javier Tapia (Cuernavaca, 1990). Amante de la fantasía, el terror y la ficción especulativa en general. Navegante de mares profundos, meta-modernista sin proyecto y viajero sin pasaporte.

Dan Aragonz

Chile. He publicado diversos relatos en revistas digitales tales como: Circulo de Lovecraft, Historias Pulp, Letras y Demo-

nios, Aeternum, Minatura, Metahumano, el taller de la Terbi y Necroscriptum. También tengo una novela policial de ciencia ficción llamada “Estado Inducido”, una antología de relatos llamada “El sistema binario disecciona los sueños y otros relatos”, otra antología de relatos extraños llamada “ Los muertos nos cuentan sus cuentos y otras realidades” además de un cómic de ciencia ficción “Carbono 14” todos publicados en Amazon KDP (bajo impresión). También participo como guionista de un par de historietas de ciencia ficción en la revista chilena *Insomnia Comics*.

Andrea Madrueño (CDMX, 1983). Psicoanalista y bruja. Orgullosa madre de una adolescente y escritora de terror. Colaboradora para la revista *Penumbria* con la columna *Continente Negro* y coordinadora del proyecto *Aquelarre* de escritoras, un espacio dedicado al estudio del psicoanálisis y la literatura escrita por autoras. Sus textos han sido publicados en antologías y medios digitales como: *Alta Fidelidad* (2019), *Penumbria #55: Distópica* (2022), *Antología Medusas* (2022), *Metamorfosis* (Especulativas, 2022), *Antología de Ciencia Ficción (Cósmica Fanzine)*, (2022), *Penumbria #56: Cuento Fantástico* (2022), *Siniestras: Antología de cuentos de mujeres que incomodan* (Especulativas, 2022), *Navidades Paralelas* (Lengua de Diablo, 2022), *Revista Exocerebros #5: Ecoterror* (2023), *Penumbria Botánica #58* (2023) y *Letras Insomnes* .

Alexander Gracia

Originario de Monterrey, México. Como buen Ingeniero civil que es le satisface construir... textos. Ha publicado en medios digitales como *Letras insomnes*, *Ediciones Komala* y *Revista Narrativa*. Su cuento “Maraña” fue seleccionado para la antología física del Primer Certamen de Narrativa Extraña Estigma 2023. Formó parte del Diplomado de Creación literaria UANL/INBAL, Ed. 2023.

Luis G Torres Bustillos

Nació en la CDMX. Desde hace unos años radica en Cuernavaca, Morelos. Es egresado de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay. Publicó una treintena de cuentos en diversas revistas electrónicas. En 2021 publicó en INFINITA su primer libro de cuentos: Pequeños Paraísos perdidos, seguido de Sin Pagar boleto, e Inquietante; bajo el sello de Infinita. Este año publicó su libro Ominoso, con la editorial Lengua del Diablo.

Génesis García (Chile, 1990) es historiadora y escritora. Ha publicado en diversas antologías de cuentos y recibido reconocimientos en Colombia, España y Chile. También se pueden encontrar sus obras en revistas literarias como Anacronías, Amalgama de Letras, Especulativas, Laberinto de Estrellas, El Nahual Errante, Licor de Cuervo, Interlatencias, Trinando y Primera Página (entre otras).

Pavel R. Ocampo.

Nacido en Acapulco, Guerrero. En el 2013 ganó el Premio Nacional de Cuento Corto José Agustín, y en el 2011 el Premio Estatal José Agustín. Ha obtenido menciones honoríficas en el XX Premio FILIJ de Literatura Infantil y Juvenil, en el Quinto y Sexto Premio Nacional de Cuento del SNEST (Sistema Nacional de Institutos Tecnológicos, 2012 y 2013). También fue finalista en el concurso nacional de literatura Gran Angular en el 20014 y 2020, y ha sido beneficiario del Programa al Estímulo a la Creación y al Desarrollo Artístico de Guerrero (PECDAG) en el año 2013 con el proyecto “Acapulco, respuestas”. Sitio web: <https://www.lssiel.com>

Miguel Angel García Saavedra

(Cuernavaca, Morelos 1976) Le gusta la música y la comida. Quiere tener una vida tranquila pero sistemáticamente se mete en problemas. Misántropo y buen amigo, bebedor de vino y mezcal. Hace contenido para Instagram y Youtube.

Mariano de Melitea

Es profesor en Lengua y Literatura. Ejerce en Buenos Aires, Argentina. Actualmente cursa la licenciatura en su rama y el profesorado en Filosofía. Ambas en la Universidad Nacional de Buenos Aires. Ama escribir con música en los auriculares. Disfruta escribir cuentos breves y ensayos sobre diversos temas: desde análisis comparativos hasta comentarios sobre bandas de rock. Ha participado en varias antologías de cuentos en latinoamérica. Administra la cuenta de @elcuentonotdead, con reseñas de cuentos y novelas cortas de autores clásicos y emergentes.

Aline Basail

Nació en CDMX, actualmente radica en Mérida con sus cuatro gatos. De profesión es mercadóloga, sin embargo, es escritora para saciar el hambre de los espectros que habitan dentro de ella. Su género favorito es el cuento. Ha publicado en las antologías: Días de guardar, Onírica: Historias fragmentadas, en la revista Canek y en las revistas digitales Penumbria y Letras insomnes.

Ana Jácome

Ferviente lectora de lo extraño y lo inusual. Amante de monstruos y extrañezas. Activa participante de talleres de escritura e incansable compradora de libros. Algunos de sus relatos y poemas han sido publicados en proyectos como Penumbria, Cuentística, Especulativas, Letras Insomnes y Lengua de Diablo.

Yolotl Palacios

También conocida como Ana. Por ahora, mi existencia transita entre Chiapas y Ciudad de México, donde nació. Entre mis textos, “Menofilia”, fue publicado en Especulativas (2020) y “Acercamiento al ritmo biológico”, en Nahualli (2020). For-

mo parte de Dis yixs, taller para escribir la vida. Coordino, junto con mi amiga Lizbeth Peña, el club de lectura Brujas Literarias. Me gusta el bosque y la selva; la mar y el cielo azul. Mis prioridades son mi familia, amigas y amigos. De formación soy ingeniera en Restauración Forestal, mi corazón tras-humante me ha llevado a continuar explorando la academia a través de una maestría con especialidad en género: mujer rural y, en la actualidad, un doctorado en Ecología y Ciencias de la Sustentabilidad.

Dulce Esperanza Cruz Torres

Oaxaca, México. Licenciada en psicología, realizó estudios de la maestría en psicología clínica, legal y forense. Cursó el 5to diplomado en creación literaria, el taller de dramaturgia para jóvenes audiencias y el taller de cuento policiaco impartidos por el INBAL. Sus textos han sido publicados en la editorial Lengua de diablo (Navidades paralelas), Calvaria ediciones, Penumbria (Botánica) y en el colectivo Verso Inefable (Lo que Vemos al amar).

Tabitha Mosqueda

Nació en Cuautla, Morelos el 28 de agosto de 1993. Egresada de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay. Su obra ha sido publicada en diferentes antologías de México, Argentina y Colombia.

Christian Dávalos

San Cristóbal de las Casas, México. M. Escritura Creativa - Universidad de Salamanca (USAL).

Georgina Mexía-Amador

Es escritora y tallerista de creación literaria. Originaria de la ciudad de México, actualmente vive en Tlaxcala. Ama subir montañas, comer tacos y quesadillas sin queso, bailar cumbia y tomar pulque. Ha publicado novela, cuento y poesía en

distintos medios como Cuadrivio, Periódico de poesía de la UNAM, Revista Chile del Terror y Alas de cuervo.

Adriana Otero

Escritora de horror, estudió Comunicación en la FES Acatlán. Ha tomado cursos de Creación de Puppets para Stop Motion, Maquillaje de horror, Curso de Creación de Cuento y Diplomado en Literatura en la UNAM. Actualmente es Copywriter en una agencia de publicidad. Desde el 2012 es directora de Mucho Miedo Mx, portal sobre horror y ciencia ficción. En el 2021, el guion “El Espejo”, basado en uno de sus cuentos, ganó como Mejor Guión en Espanto Film Fest. Posteriormente, obtuvo Mención Honorífica en el Thrills and Chills Film Awards 2022 y es parte de la Selección Oficial del Chicago Horror Film Festival 2023.

Liz Vargas

Nací en Temixco, Morelos. Estudié la Licenciatura en Historia en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Estudié el Diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores Ricardo Garibay en Cuernavaca, Morelos. Participé en la antología que publicó dicha escuela con el título Mundos inventados. Colaboré en la antología Laberintos. Seis autoras mexicanas de minificción. Mi cuento Trinidad fue ganador en la convocatoria Morelos 21: Memoria y Encuentro.

Alejandro J. Roque

Nació en la Ciudad de México. Cursó Desarrollo y Gestión Interculturales en la UNAM. Residió en Beijing durante siete años. Estudió lengua y cultura chinas en BLCU y la Universidad de Comunicación de Beijing. Actualmente es docente de idiomas en diversas instituciones y universidades.

Kattepón Váiz Vaknkatz

Laura Luna Peralta (Tlaxcala, México), es conocida bajo el

seudónimo de Kattepón Váiz Vaknkatz. Escritora en proceso de historias para cómics, relatos y minificciones, también gusta de la fotografía y los garabatos.

Olivia Guarneros

(Puebla, México) ganó el concurso “Mujeres en vida” con “La cita” (2017), el “Primer Concurso de Cuento Iberoamericano Fundación Elena Poniatowska-Ventosa Arrufat” con “Mictlanpapalotl” (2020); ganó también el “Quinto Concurso de Cuento Corto” Escritoras MX (2022), con “Canícula”. Fue Mención Honorífica en el “Séptimo Premio de Periodismo Gonzo” (2021) con “Movimiento Pendular” y el “Concurso de Cuento de Ciencia Ficción” del “Tercer Festival Semillas” UACM (2022) con “Destino”. Sus textos han aparecido en diversas antologías, así como en revistas impresas y digitales. Obtuvo el PECDA en Cuento (2020) y ha cursado dos Diplomados de Creación Literaria del INBAL.

Jorge Quispe Correa Angulo

(Lima, Perú). Ha publicado los libros “Trazos primarios” (Relatos, 2001), “Pasajeros de lo efímero” (Microrrelatos, 2019), “Hablabamos de fútbol hasta que llegaron ustedes” (Novela corta, 2021), “Jardín de Levedades” (Microrrelatos, 2022), “Visitando a la Abuela Estela” (Poemas, 2023) y “Soñábamos con naves a propulsión” (Cuentos de ciencia ficción, 2023). Ha obtenido reconocimientos en su país y en el extranjero.

JorgeQuispeCorrea_Escritor

Lorenza Ortega

Escritora mexicana nómada entre la ciudad de México y Cuernavaca. Contadora de historias en las que se mezcla lo cotidiano con lo inverosímil. Observadora obsesiva de la vida, sus fantasmas, su belleza decadente y su resplandor.

Karla Arroyo

Radica en Cuernavaca, Morelos. Sus textos se han incluido en diversas antologías de editoriales y revistas independientes, con temáticas como la escritura identitaria, cuentos de terror, ciencia ficción y fantasía. Participó en seminarios, cursos y talleres de escritura creativa, minificción, cuento gótico, narrativa fantástica. Cursó el 5o Diplomado Virtual de Creación Literaria del INBAL, así como el Seminario de Introducción a la Literatura Moderna y Contemporánea de México, de la Fundación para las Letras Mexicanas.

Samantha Rojas

(Guadalajara, Jal. 1996). Licenciada en Enfermería por la Universidad de Guadalajara. Finalista del V Concurso Literario Luvina Joven Ha publicado en diferentes revistas digitales. En dos libros de la Editorial Letras Negras y en Caleidoscopio XX (La Zonámbula, 2023).

Ross Sotomayor

Docente por vocación y escritora por afición. Trabaja en la Preparatoria Lic Benito Juárez García de la BUAP. Es docente de literatura y Lenguaje desde hace 24 años. La docencia le llevó a buscar otras nuevas formas de poder hacer llegar ciencia y Literatura a sus alumnas y alumnos.

Participó en la 4 Muestra Internacional de Monólogos Y Stand UP científicos que organiza Divulgaciencia México, y en el 2º Festival internacional de Rap científico. Ha escrito en revistas como Fantastique, La tinta del silencio, en la Revista Penumbria 53, en Fobica Fest. Recientemente, publicó en la Revista Anapoyesis, El espejo Humeante y en el Colectivo Delfos.

Maria X. Corona Escamilla

Lectora antes que escritora. Tiene una inclinación hacia los temas en torno a la vida, la muerte, lo inusual y lo extraño. Su trabajo y formación giran en torno al estudio de los límites

impredecibles de lo humano. Ha incursionado en el cuento y el ensayo. Ha publicado en la revista mexicana *Penumbria*, núm. 59 con el cuento “Un bostezo del tiempo”.

María Elena González

Nacida en México, D.F. Radica en Mérida desde 1989. Estudió el Diplomado de Creación Literaria con Literaria, Centro Mexicano de Escritores. Actualmente está en taller permanente de narrativa con los escritores Alejandro Espinosa y Alejandro Carrillo y en el taller de narrativa del escritor Ricardo Guerra y el de Hipogeo de Víctor Garduño. Participará con su cuento “Luna de Sangre” en una antología con varios escritores mexicanos. Ella ha declarado: “Escribir es una condición del alma”.

Julio María Fernández Meza (Veracruz, 1985) es un escritor y crítico literario mexicano. Es Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas y Maestro en Letras (Letras Latinoamericanas) por la Universidad Nacional Autónoma de México y Doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de México. Sus principales áreas de interés son la creación y la crítica literarias. Actualmente trabaja en la Universidad de Harvard como Profesor de Español y en El Instituto El Llano Aguascalientes del Tecnológico Nacional de México como Profesor de Literatura y Redacción.

Manuel Mörbius

(Ciudad de México, 1984). Ciudadano de composta biomecánica, sociólogo por parte de UAM-Xochimilco. Escritor de ciencia ficción, horror y terror, e investigador independiente en los tiempo muertos de la morgue donde ahonda en la Ciencia ficción y sus interrelaciones con el sonido. Editor de *Arte-facto* (publicación literaria que cobró vida en 2004 y se pudrió en 2014). Colaborador de *Clandestina*, espacio de rebeldía en el barrio de Santa María la Ribera. Productor de

radio y medios digitales. De 2020 a 2023 fue integrante del Seminario de Estéticas de Ciencia Ficción, Cenidiap, INBAL. Necropolítica es su primer libro de cuentos, editado en Chile por Editorial Camino (2023); En 2021 obtuvo la mención honorífica en el XXXVII Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción (México).

Dolo Espinosa

Su nombre real es Dolores Espinosa Márquez, nació en Las Palmas de Gran Canaria (España) y vivió varios años en Valladolid. Ha publicado relatos y microrrelatos en revistas y antologías y participado en varios libros de lecturas infantiles de la Ed. Santillana. Ha participado en las antologías Horror Queer de la Ed. Cthulhu, Dismórfica de la Ed. Pandemonium. Finalista del V Certamen Walskium de Microrrelato de Terror y Fantástico. Mención del Jurado del II Premio Ripley. Relato. Ha publicado un álbum ilustrado infantil en Amazon: Pinocha y la poción mágica y un libro de relatos con la editorial Atlantis: Testamento de miércoles, ahora en digital en Lektu junto a sus recopilatorios Queridos zombis y De dioses y Demonios. Mantiene dos blogs: Testamento de miércoles y El cofre de los cuentos (infantil).

M. Andrei Velit Casquero

(Huancayo, Perú) Escritor, melómano, gestor cultural y lector febril desde la adolescencia. En el 2020 publicó su primer libro llamado “Vendrá la muerte y tendrá tus ojos” a través de la plataforma virtual Lektu, el año 2023 dio el salto a la publicación impresa del libro de cuentos “Los diversos rostros del abismo”. Actualmente se desempeña como director del grupo literario Verso Inefable. Prepara un segundo libro de cuentos y una novela.

Diego Basulto

Es una autor de Mérida, Yucatán, México. Estudiante de His-

toria, amante del café y las buenas historias. Ha sido publicado en Anapoyesis, Narrativa, Anacronías e Inéditos. Formó parte de la antología “Si la arena hablara” de Escinde.

Aldo Hernández Zúñiga

Estudió la Licenciatura en Lingüística en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Se tituló con mención honorífica con la tesis titulada Estructura argumental preferida en lacandón del sur. Actualmente, colabora como docente y asesor en el Centro de Escritura y Argumentación de la UAM Cuajimalpa y se dedica a la enseñanza del español a extranjeros en la escuela Lengua & Cultura. Además, tiene interés por la creación literaria tanto de cuentos como de guiones de cine enfocados al género de terror. Ha publicado un cuento con la editorial Alas de Cuervo, uno en la revista Fanzine Delfos #2 y tiene otro cuento en proceso de publicación con la editorial Komala.





Ex Libris Diaboli Lingua

La venganza del Krampus y otros seres de la oscuridad

Navidades Paralelas 2

antología internacional de relatos navideños

en su edición digital aparece

en día de Navidad de 2023,

realizada por Lengua de Diablo Editorial

en el antiguo barrio de La Carolina,

en Cuernavaca, Morelos, México.

Cualquier errata es atribuible

a las travesuras del Krampus.

Se utilizaron fuentes de la familia

Garamond y Waving Christmas.

Casi ningún humano, duende, Krampus, Santa Claus

o ser de la oscuridad fue dañado en la realización

de estas historias.

\ Feliz Navidad !



Navidades Paralelas

*La venganza del Krampus
y otros seres de la oscuridad*



LENGUA DE DIABLO

EDITORIAL